Tempestad en una gota de rocío: Porfirio Barba-Jacob

Noticia y selección de Angel José Fernández

INDICE

1. Noticia
2. Confesiones del poeta
   La divina tragedia
   Claves
3. Antología de Homenaje
I.
Canción del tiempo y el espacio
Canción de un azul imposible
La estrella de la tarde
Espacio . . . Tiempo . . .
Elegía de un azul imposible
II.
Canción de la vida profunda
Canción ligera
Acto de agradecimiento
Lamentación baldía
Un hombre
Espejo
Valor
Soberbia
Soy como Ascanio
El collar desatado
Triste amor
El corazón rebozante
Balada de la loca alegría
Lamentación de octubre
Nueva canción de la vida profunda
III.
El triunfo de la vida
Parábola del retorno
Elegía platónica
Los desposados de la muerte
Futuro
IV.
Acuarimántima.

1. *Noticia*

Se llamara Miguel Angel Osorio, Maín Ximénez, Ricardo Arenales o Porfirio Barba-Jacob, de cualquier forma, siempre, su vida fue una terrible tempestad. Y su tempestad le ha costado el olvido, no sólo al hombre –que habría brotado al mundo en Santa Rosa de Osos, en la Antioquia colombiana, y quien moriría físicamente 58 años después, es decir, la madrugada del 14 de enero de 1941[1] en nuestro país– sino también a aquél que sentiría el frío inaguantable de contarse entre los ignorados, pues nunca se sintió capaz de compartir con sus contemporáenos ni los avisos trágicos de su ser, ni su mística y bella tenacidad de forjarse, perentoria y libremente, como un poeta de adolescencia intemporal.

Se llamara Miguel Angel Osorio para la cosa pública y los asuntos del bautisterio; se llamara a sí mismo y por breve tiempo Maín Ximénez, a cuya fama tan sólo se le haya dictado verso a verso y para la posteridad el irrevocable *Acuarimántima*; se llamara Ricardo Arenales, en ese tono agridulce de algunas circunstancias; una honorable y digna de mejor respeto, al ser un elegido –y, además, el único extranjero– para la antología de Cuesta[2], o para aquella otra desagradable experiencia, la de ser homónimo de un nefasto homicida nicaragüense, lo que le

[1] "El poeta murió abrazado al crucifijo, a las 3 y 10 minutos de la madrugada (. . .(A LA EDAD DE 58 años, 5 meses y 17 días de su existencia terrenal". Cfr. Jaramillo Meza, J. B., "Síntesis biográfica de Porfirio Barba-Jacob, en Varios, *Porfirio Barba-Jacob, sus mejores poesías*, Medellín, Colección "Academia Antioqueña de Historia", 1973, p. 104.

[2] *Antología de la poesía mexicana moderna*, México, Ed. Contemporáneos, 1939. 2da. edición, 1952.

costó a Barba-Jacob la cárcel aclaratoria y el ridículo escarnio y, claro, su segundo seudónimo; o la verdad ya paralela a la muerte, el auténtico Porfirio Barba-Jacob a quien casi no conocemos en nuestra generación y a quién todavía muchos odian y pocos permiten leer; el Barba-Jacob de sus *Poemas intemporales*[3], que más que ser una lúcida crestomatía, deviene en sus obras completas en verso, insuperables, articuladas y definitivas para las letras latinoamericanas y rarísima de encontrar, por otra parte, aún en las bibliotecas de acceso más o menos aceptable. En fin, se llamara Porfirio Barba-Jacob o se le insultara hípicamente como el "Hombre parecido a un caballo", a nosotros, aquí, ahora y creo que para siempre, se nos ha ocurrido ponderarlo, armándole esta pequeña antología de su obra poética, ahora que estamos a punto de vivir el aniversario número cuarenta de su muerte, y presentarlo a ustedes, con el único deseo de haber querido ahogar, una vez más, su tormenta de permanecer en el olvido y hacerlo reaparecer a partir de unas cuantas gotas de tinta esculpida e inviolable.

En todo lo que sigue después de esta *Noticia*, el lector recordará lo que muchos le habrán ocultado, porque entre nosotros, y esa sería la otra cara de la tragedia, tan sólo un comentario o un chisme pudieron hacer temblar un universo, aún y por si fuera poco, empotrado en el hierro de semejante visión poética.

Acaso todo venga a la cuenta de que, un día de finales de siglo, Miguel Angel Osorio haya decidido separarse, primero de Antioquia y su incentivo Medellín y después de su país, y haya enderezado su vida en torno a ese camino de aventuras, que le hizo ser viajero desde la adolescencia, quien recorre pueblos, países y miserias, acicalando versos o pergeñando articulillos o paginitas editoriales con sabrosa apología, a la sazón de un orden o de una terquedad o de una causa verdadera, o incluso a la del mejor postor, puesto que ni siquiera eso tiene la menor importancia, si no ha de servirse de la perorata guiada con maestría y agilidad para continuar y sobrevivir ese camino que más que un éxodo era un designio, apenas como un punto de partida de escalas indómitas, decididas siempre al color del azar o en el delirio de la intempestivo.

Habitante varias ocasiones de México, a Barba-Jacob nuestro pueblo supo brindarle esa variedad que su locura requería para continuar libre. El poeta había llegado como reportero en 1907 y después de un poco de soportar a la ciudad inmensa, decidió radicar en Monterrey, donde el reportero cedió sus armas al periodista. En nuestro país resultó exiliado de Calles, por "pernicioso" editorialista, hazaña que continuó a su reingreso desde los *Perifonemas*, ahora elevados a clásicos, dentro del vespertino *Ultimas noticias*.

[3] México, Ed. Acuarimántima, 1944.

Vivía, escribía y viajaba. O al revés. O como se le iba ocurriendo.

Aquí fue amigo de López Velarde y de González Martínez y aquí también tuvo la oportunidad de sentirse desde Baudelaire hasta Oscar Wilde. Pero ante todo, su voluntad de reportero superó a esos audaces titiribancos incordes y atemorizados del poeta, que todavía en su madurez no sentía ánimos de aprisionar en un libro a sus versos, y este constante devaneo le acarreó hasta ciertos periodos "metasíquicos", como algún biógrafo suyo esbozó, atribuídos a la aparente encarnación de sus suculentas secuelas de ser redactor de la fuente, fundamentadas no sólo en recuperar una u otra historias y testimoniarlas, sino en representarlas en cuerpo y alma, y salir a la calle y gritar, si esto era irremediablemente necesario. De allí, quizás, su fama de alucinar con "serpientes emplumadas, elefantes con espejuelos o ratones con paraguas" y de allí, acaso, sus vínculos arraigados a lo modernista (al Modernismo), con todo y su sangre clásica, muy romántica y ante todo simbolista.

Así fue este Barba-Jacob, un poeta sin libros[4], formado en pocos autores: Silva Urbina, Valencia, los mencionados aquí y Darío y Poe, quienes nunca aparecerán como ausentes en las entrelíneas de su poética.

Nos ha parecido importante incluir dos textos suyos confesionales y hemos dividido la antología de homenaje en distintos apartados, de acuerdo a sus preocupaciones angulares: la infancia y lo que de ella resulta siempre en nosotros; la de vivir plenamente la intensidad, con sus ordenanzas pero ante todo con sus libertades; la fundamental, madura, sin aspavientos, casi desoladora; y finalmente, su primer gran poema, la piedra de toque: *Acuarimántica.*

[4] A lo largo de su vida vio publicados dos libros: *Canciones y elegías*, México, Edición de homenaje al poeta, 1932; y *Rosas negras*, Guatemala, sin pie de edición, 1933. Sin embargo, el poeta nunca distrajo su atención en formar un libro, tal como se deja ver en esta *Noticia*. *De Poemas intemporales*, sabemos por el propio Barba-Jacob, fue preparado por él; pero nunca lo conoció publicado.

2. *Confesiones del poeta*

Yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante,
opreso en la urna del día,
engreído en mi corazón,
ebrio en mi fantasía,
y la Eternidad adelante...

adelante...

adelante...

***Síntesis*, P. Barba-Jacob**

Porfirio Barba-Jacob

Grabado en madera, de Leopoldo Méndez

¡Vivir es esforzarse! Como vibra el ímpetu solar en el rayo de aurora, en esta exclamación, que tiene la más alta tónica de mi espíritu, está la virtud que me representa en el coro de los poetas: *¡Vivir es esforzarse!* Yo he sido el esfuerzo de la intuición anhelante, sin desfallecimientos, semirrevelado, semivelado, que ora se exalta, ora desconfía de sí mismo, viajero del llano al alcor, del alcor a la montañuela, y cimera ésta, en un impulso más potente, a la cima azul; sobre la cima azul, la nieve incorruptible.

La nave de mi vocación lírica, como si un viento negro quisiera hacerla zozobrar, batida de tumbos y cegada de relámpagos, iba del relámpago al tumbo y del tumbo al relámpago. Yo traía de mis campos nativos, en la aspérrima Antioquia, la fortaleza del cuerpo algo mal proporcionado, la íntegra energía de la voluntad para la faena –prez de mi raza judaica– ¡y una inocencia como cendal de albura sobre la chispa madre de mis futuros incendios! Había empezado a entrever vagamente cierta inflexibilidad de mi carácter; advertía mi repugnancia por el trato de personas, mi alegría raudalosa en la soledad, la timidez de mi Don Juan bajo una resuelta conformación masculina. Y comprendía iluminadamente cuán arduo trabajo hubo de representar, para mis abuelos que eran la rusticidad misma, y en aquel medio donde los hombres son el campo con palabra, el criarme sano y fuerte, vivo de fantasía, bien inclinado al yugo de oro del trabajo y con un corazón que era como el de una manzana madura, si las manzanas maduras pudiesen amar. Y yo amaba entonces a mis progenitores con una terneza que iba en radiación desde sus virtudes incorruptas hacia todas las cosas familiares de en torno, y fluía por ellas como un céfiro por la sobrehaz de las aguas. ¡Se abría en mi alma el lirio del alba! De ahí mis primeras canciones.

Traía también –y no era muy leve la carga– una incultura que resplandecía: ¡una ignorancia enciclopédica! Allá entre el olor de aparejo de mulas, tercios de maíz, ordeña de vacas matinales y encerrada vespertina de los terneros, el río que canta, el abuelo que castiga iracundo, la leche cándida y dulcezuela, el coro de los sapos y las melifluas rosas de María Santísima... Allá entre breñales, donde no hay más doctos que la roza, la noche, el viento, la lluvia, los pájaros y los campesinos que no saben sino una cartilla... En mi Antioquia israelita, entraña de mi nativa Colombia, ninfa melódica de mi ideal América, no había tampoco periódicos, ni libros, ni conciertos, ni bandas. Si acaso, *El Arco Iris de Paz* o *Las Tardes de la Granja*... Si acaso, la revista de los Padres Franciscanos, cuyo sistema de anuncio solía exacerbarme... Si acaso, *La Moda Ilustrada* que mi tía Rosario (¡brilló una estrella en mi corazón!), que mi tía Rosario iba malentendiendo y peorimitando...

Allá en mi nativa Antioquia y en su más áspera porción, donde el cura melifica y amenaza, las madres procean hijos como la caña de maíz granos, y la civilización es dulzura sin inventos, amor al prójimo sin automóviles, obras de misericordia sin locomotoras, castidad sin cinematógrafo; y donde la belleza y el vigor, la salud moral y la esperanza, la inteligencia y la lealtad son como flores caídas del manto de Jesucristo... Allá en mi Antioquia, donde acaso pasó junto a mí, sin que yo lo advirtiera, el espíritu de Jorge Isaacs, y donde he oído en noches de luna coros de peones,

cantando a todo pecho la guabina,
canción sabrosa, dejativa y ruda;
ruda cual las montañas antioqueñas
donde tiene su imperio y fué su cuna...

Allá en mi Antioquia... ¿Qué me diste tú, Santa Rosa de Osos, ni tú, Angostura, ni tú, mi nutricia Colombia,

para educarme? Una escuela en donde se arremolinaban como ochenta niños, amén de veinte grandezuelos, en un salón sin ventanas; donde el maestro, cuando no faltaba, era borracho socarrón o caramelo de pedagogía religiosa, y donde aprender a leer era como una risueña designación de la fortuna... Estuve menos de dos años durante cinco, porque me huía, me aterraba el pensamiento de que era preciso aprender a sumar. Como para Maeterlink, los números no eran para mí una armonía sublime, sino cifras encrespadas. Fuí reprobado una vez y mal reprobado otras dos, porque más valiera la reprobación que aquellas reprimendas por mi falta de estudio, y aquellas dudas sobre si iría a ser loco. Con tanto talento...

Cuando alboreaba mi adolescencia, y el mundo ya no me parecía un espectáculo –sino una granada, una brisa dulce y un joven amigo hermano de mi novia– fuí a Bogotá entre lágrimas y sonrisas. Para que mis abuelos se resignasen a retornarme al lejano hogar, díjose que mi padre navegaba con vientos propicios: era una eminencia entre los empleados de tercera categoría, ganaba buen sueldo, y quería enviarme a París... Pero no había tal prosperidad. Mi madre continuaba ganándose la vida con sus clases de guitarra (¡brilló otra estrella en mi corazón!), mi valeroso hermano Rafael estudiando más pobreza que matemáticas, y mis hermanas casi de hermanas de la caridad, según las querían en el colegio por inteligentes. Además, Lola era como un lirio de gracia; María, como una racha perfumada del verano; Mercedes, como una granada entreabierta en la delicia de castos festines.

La vida resultaba estrecha, y me la hacía más la falta de caridad intelectual de mi madre Pastora para juzgar a mis abuelos. Viejo orgullo algo ruin de una mujer que descendía del prócer Benítez, había sido rica, y tañía su guitarra como el sol tañe estrellas, y hallábase casada con un abogado poco juicioso, hijo de esos campesinos del Tenche y el San Pablo que, después de todo, ni eran ricos como se creyó en la familia... Y mi timidez para andar entre personas, dizque era hábito montañero: "Sí, educado por ese burdo de Don Emigdio..." Y mi franqueza de campo abierto, de brisa derramada, de brote, de grito, dizque era falta de urbanidad: "¡Qué niño tan brusco! La brusquedad de Doña Benedicta..." Y todo esto me hería, me hería en lo más hondo. Y no hubo paz en mi corazón. Y no la hubo en aquella familia estrambótica. Y fuí enviado a la Escuela Normal. Estuve un año, porque al finarlo, allá por exámenes, advino la guerra de 1899. El año que estuve repasé la Historia Sagrada, la Gramatiquita de Mardulanda, la Religión del Padre Ortiz, la Aritmética de Rueda hasta la división de quebrados, y otras cosas no menos profundas.

En seguida pasé a mi Escuela Preparatoria, o como quien dice, a mi facultad hispano-americana de estudios clásicos: la campaña en guerra civil. Fuí soldado conservador, porque me reclutó el gobierno conservador. Un caso psicológico muy interesante: jovencito, nervioso, lleno de ímpetus encabritados, derramando alegría, salud, fuerza y elasticidad, pero inhábil para ensillar, para ponerle el freno al caballo, para orientarse en las llanuras nocturnas. A lo lejos arrastra el Magdalena su cauda de estrellas amantes, como invitando a los Diálogos de Platón. En el ambiente hay un olor de guanábanas maduras. Estamos a orillas del bajo Cambeina, y soldados de Cundinamarca se bañan desnudos. Reverbera el sol en las aguas quietas, tersas, blandas, claras, límpidas. Mi fuerza en medio de aquella inhabilidad, de aquel no sé qué mío que provocaba sonrisas benévolas, en medio de aquel paisaje grandioso y profundo, místico en el hervor gorgoreante del Trópico, estaba en que yo era la única voz humana que interpretaba el vasto conjunto... ¿Y cómo? No seguramente con versos: con gritos, con lágrimas, con discursos en los brindis, todos a medio embriagarnos y el sol reverberando en las alturas nevadas del Herveo... Además, yo tenía ya una conciencia clara de mi personalidad, de mis derechos a la vida, a lo mejor posible de la vida según mis fuerzas. Un sentimiento que ahora traduciría yo con insustituibles palabras de Valle-Inclán: "¡Yo soy el chivo y ésta mi montaña!" La montaña era para mí la vida.

Entretanto, la campaña iba pasando en paz. Era un andar, un andar de llanos a montes y de montes a montículos, sin hallar al enemigo jamás. Tuve una querida negra, muy joven, muy linda. Me hacía que yo le pegara en las nalgas, riendo la Sulamita, y primero se cansaba mi puño que aquel mármol tenebroso. ¡Cómo deseaba yo a veces saber tirar con un rifle, como los demás militares, para traerle garzas! Las garzas de Colombia tienen la dignidad láguida y pensativa de las

canciones de ese país. Son como aquella ensoñadora y dorada y suprema canción de Isaacs, que está en *María:*

Soñé vagar por bosques de palmeras . . .

Y yo pedía a Dios en mi corazón que nunca jamás hallásemos al enemigo, porque yo me iba a morir de miedo . . . No salía de los Estados Mayores: era la viveza a caballo para buscar gallinas y hacerlas freir por comadres improvisadas, y todos los generales del Gran Estado Mayor de aquella columna de 1,500 hombres llevaban el bigote oliendo a gallina frita. Yo tenía que cargar mi caballo con bultos de carne, de sal, de exquisitos panes. Líchigos llaman por allá a los bultos. Y yo llevaba tantos, que me apodaron "el teniente líchigos".

Como año y medio duré en aquellos andares, aunque con treguas que se me llenaban de embrujamientos. Fuí a Ituango, viví en San Pablo, fundé una "Sociedad Educadora". Mil recuerdos levantan la suave cabeza: mil episodios llenos de ternura, de locura, de milagro . . . ¡Es tan varia la dulce vida! Por ejemplo, el episodio del viaje a Sopetrán . . .

Pero sigamos adelante.

Después de la guerra fuí maestro de escuela en Angostura, tuve amores con Teresa (¡se abre en mi corazón una violeta lúgubre!), y perdí a mi madre abuela Benedicta. Un lampo de claridad divina me iluminó sobre sus despojos inanimados, y no sentí dolor: ¡ni una lágrima! Comprendí la epopeya . . . Yo sabía más que nadie de los zafiros de su misericordia, de los crisoberilos de su bondad, de los diamantes de su perdón. ¡Oh, mujer extraordinaria! ¡Estas palabras que te elogian son una realidad en la esencia misma de Dios! Aquel bregar al lado del esposo, en los agrios e insalubres campos, al lado del esposo, que era hecho del más burdo y puro roble de la raza; aquel bregar para ir alzando la familia de rústica a distinguida, de burda a discreta e inteligente . . . Aquel bregar para que se uniesen hijos y nietos, ciento y tantos, en una dulce armonía de afectos. Aquel servir y ser leal cincuenta años a un hombre a quien no eligió, a quien no amaba y no comprendía, ¡sólo porque era su esposo! Yo conocía aquel calvario; y en torno de él veía la prole numerosa, feraz, ardiente, elevándose en inquietud, en aspiración, en inteligencia, en goce de la vida, de la dulce vida . . . ¿Cómo no creer que era digna de la corona del descanso aquella mujer, que había pasado encendiendo antorchas de almas, insinuando benevolencias en la desatada maldad de las cosas, ejercitándose en dolores de partos y en cocinar, grávida aún, para peones de la roza de su marido . . . ¡Cómo no aceptar sin protestas dolorosas la paz final de la santa que había robado al patrimonio para socorrer menesterosos, y aún para adorar a Dios en la pompa de sus altares de Corpus, que los hacía tan bonitos! ¡Cómo no advertir que ya reposaba, y que no tendría que descifrar, con sus cándidas interpretaciones domésticas, los enigmas de este Miguel Angel, el nieto de la esperanza, tan raro y tan amante! ¡Cómo no creer que la muerte era para tí bella como tu rostro, suave como tus efusiones, tranquila como tu ensueño en los jardines de marzo! . . . ¡Oh, madre mía abuela Benedicta, Benedicta Parra de Osorio, hija de Antoñito Parra y Eugenia Giraldo, y muerta en la gracia de Dios el 2 de diciembre de 1905! ¡Qué lágrima te daría yo que encerrara todo cuanto queda de puro en mí! ¡Qué libro te compondría yo que me reintegrara en la pureza de mi corazón, sin los pasados extravíos! ¡Qué canción en cuyas estrofas no vibrara el rugido de Satanás! ¡Qué verso fraguado con otras palabras, las palabras con que tú despertaste en mí el amor a la vaga poesía del mundo!

La muerte de mi madre fué para mí como el aletazo de la aventura. Florecían las primeras rosas apresuradas sobre su tumba, y yo corría en busca de mi Universidad –la Real Universidad del Mundo, que me ha honrado con sus borlas–. Iba hechizado y libre, a pie y romántico, en compañía de un peón y con un alma mía de la cual no me acuerdo ya . . . Por los breñales de Anorí, por los bosques de Zaragoza, ríos frenéticos entre las rocas, culebras, libélulas, parásitas, begonias . . . Nechí abajo, Cauca abajo, Magdalena abajo . . . Fuí a dar a Barranquilla, pero con tan mala fortuna que al llegar se me perdió uno de los zapatos. Naturalmente, estaba descalzo para la costumbre, pero semicalzado para la filosofía. Y yo era algo filósofo . . . Bueno, pues caminar descalzo en la ígnea arena de la costa . . . Me ví en grandes apuros por la hosquedad de mi expresión y mi genio a relámpagos. Tuve que ir a vivir a casa de un leproso del cuerpo –menos mal– donde fuí recogido. Pero al fin, al fin, una noche azulina, entre los coros de los vientos y el rumor

romántico de los palmares... Una dulce noche de la dulce vida...

Ah, no... Me es imposible revelar aquí estas tristes perlitas, este menudo aljófar de mi corazón matutino. Cada lector tiene en su historia esos aljófares: escenas semiborrosas, canciones a medio olvidar, besos, un lampo de sol, una amistad que nace, una canción... ¡hasta mañana, amor! Y todos saben lo que he querido decir y aún no digo.

Ello fué que me trasladé a vivir a la casa del poeta Lino Torregroza, es decir, a la casa del Gobierno, porque Lino era maestro de escuela. En aquel lugar se formó una bohemia resplandeciente. Regíala Leopoldo de la Rosa, que a la sazón andaba por las islas de Grecia, que nos traducía a Chenier y, ante todo, se nos traducía a sí mismo en unas visiones helénicas ebrias de miel, encantadas, mirificas, con un nocturno resonar de cadenas dolientes entre el aletear de las ondas marinas. Lino valía en la tertulia por dos, según era de fervoroso. Hermes Zepeda, de melodioso numen, explicaba la armonía del mundo por ecuaciones matemáticas, pero a mí en él me gustaba más el poeta que el matemático. Miguel Rash Isla, aristocrático, era algo insólito en nuestras veladas. Muy dulce de amoroso romanticismo. En cuanto a Enriquito de la Rosa, era célebre por haber compuesto medio soneto, lo cual lo habilitó como escritor. Le atribuía a Carlyle un largo párrafo sobre un camino, y lo había compuesto él mismo; pero a mí me deslumbraba. Desde un rincón de la estancia, medio envuelto en la claridad de una opaca linterna de petróleo, nos miraba Hormechea con sus mansos ojos de mula pacífica, de mula de Nacimiento de Belén. Cuánta energía en aquel pobre muchacho! No he conocido jamás una voluntad tan firme, tan indomeñable, superior al punzón de la burla, superior a la desesperación de la miseria, superior a la Dama de Cabellos Ardientes. Y en el año de 1917, había triunfado –porque fulgía su inteligencia y su cultura llegaba a lo increíble–, murió. Murió en San Salvador, sin otro consuelo que la bondad espontánea, florida e inagotable de aquella gran nación. Yo he de contar, en una novela doliente, que sea paradigma de ánimos resueltos y de vocaciones inalterables, la historia como el rumor del Mar de Cuba, y no quedó en mí sino una especie de ternura religiosa, un indeciso anhelo de paz en el regazo de una creencia, de una deidad, de una locura sublime del alma. Era que el Señor estaba en mí mismo. Las flores de este puro sentimiento perfuman algunas de mis canciones más imperfectas.

En La Habana conocí al dulce y valeroso Catalé, a quien tanto recuerdo en mi cariño. Conocí a Arturo de Carricarte, que dudaba entre si yo pertenecía al presente o era ya del pasado. Conocí a los trovadores colombianos Franco y Marín, a cuya locura de andar cantando debe Colombia un hecho glorioso: que se hayan difundido en México el bambuco, el pasillo y mil tonadas de canciones. Las dos melancolías musicales, la de aquí y la de allá, se han reconocido fraternas: los dos pueblos se han oído sus rumores y sus amores íntimos en sus íntimas melodías. En México desbordan la más fina inteligencia y la más fina percepción artística, y por eso la muchedumbre ha encontrado en las canciones de Colombia, sin analizarlas, una excelencia de flor que se mustia, de miel que se acendra... Después vinieron otros trovadores, pero eran muy calaveras.

En La Habana conocí a Tobón Mejía... Creo que éramos algo parientes por la parte linajuda de mi familia. El se dedicaba a buscar su expresión por medio de la pintura, pero no tenía libertad para moverse dentro del cuadro. Sus ideales de pintura eran bizantinos. Después ha logrado resonantes triunfos en París –según las trompas de oro– mas no como pintor, sino como escultor. ¡Cada uno se encuentra a su tiempo, menos los tontos de remate! Tobón Mejía me dejó un alto ejemplo de valor para la lucha, una firme esperanza en su talento, y una grata memoria de paisano.

Conocí, por último, a Hernández Catá, un muchacho que a mí me parecía el prototipo de los amigos por su bondad y de los hombres por su hombría. Estaba casado con una joven muy linda y muy honesta; había compuesto unos libros que a mí no me gustaban; tenía enemigos de verdad –no solapados como los míos de Barranquilla– y lo acababan de nombrar cónsul en No-sé-dónde, costas de Francia. Alfonso creyó en mí, me ayudó, me alentó. Fué el primer literato de los que yo traté hasta entonces, que no tuviese resabios ni excesos de vicio, ni pereza, ni vanidad, ni envidia. Su talento me marcó la ruta de México, y vine a México. Yo todavía no sabía francés.

El campesino que había en mí se asustó con el

estruendo de la capital mexicana, y me encaminé a Monterrey. Aquella ciudad me fué materna, y a su estímulo cordial empecé a trabajar. ¡Qué terneza, qué vaga esperanza, qué divina ceguedad había en mi corazón! Me extasié en el goce de aquellas montañas únicas, todo el imperio de la fantasía de la tierra, todo el caudal de matices de la luz refractada y envolvente, todo el símbolo, toda la fuerza... ¡Espectros de una amistad elevada, sencilla, noble!... Poemas inseguros, mujeres amantes de una noche, de un día, labor obscura, consuelo de los libros. Y... ¡oh, Shakespeare! ¡Si esta carne mía demasiado sólida pudiera deshacerse y fluir en lluvia de lágrimas! Yo celebré mis nupcias con la Dama de Cabellos Ardientes. Fué una noche de tormenta horrísona cuando la ciudad se había inundado hacia los barrios obreros, y seis mil cadáveres humanos pregonaban la inocencia de la catástrofe. Y la obscuridad se entenebreció.

Entré al periodismo, y rodando, rodando, he venido hasta el de la capital, esto es, el alto periodismo. Ya sé su secreto: lo aprendí pocos días después de llegado a Monterrey. Consiste en escribir muchos artículos cortos con desenvoltura comedida, opinar sobre todos los temas que uno no conoce, saber ponerse romántico todos los días de distinto modo, profesarle horror a la verdad, y urdir todos los días pequeñas trampas donde caigan los lectores ingenuos, que aún quedan algunos. Lo cierto es que así, de redacción en redacción, empecé a afirmar la conciencia de mi ciudadanía en el mundo. Me hice hombre. Ahora sí, ya hubiese podido ensillar, poner el freno y orientarme en las llanuras nocturnas. ¿Y el arte?

Volvía a leer, como en Barranquilla, como en La Habana. Como yo entonces no creía que lo fundamental es el talento y la libertad de mostrarlo, antes que los libros, leía hasta dos veces aquellos que me parecían fundamentales. Algunas noches hacía una luna muy linda. Fundé la *Revista contemporánea*. Compuse *El canto de las montañas*, los de los niños, la áspera e inocente *Parábola de los viajeros*. *Espíritu errante* y otras naderías. Excepto mi canción *La estrella de la tarde*, que esa sí no es nadería. Se me iba depurando el sentimiento ficticio de antes en la realidad del dolor; ya mi ternura no era inmediata, y mi agua verbal ahondaba su cauce. Mas escribía generalmente con una gran dificultad: la rima me era un tormento, las asonancias me contristaban. Forzaba el ánimo para realizar ciertos cantos, aun a riesgo de que se advirtiera en ellos la falta de un óleo melódico invisible... Y yo me iba diciendo: "¡No importa! ¡Estos son esfuerzos! *¡Vivir es esforzarse!*"

Por más que hube reunido quince, veinte pequeñas obras en mis hatillos rehusé asesinarlas dentro de un libro, asesinarlas y sepultarlas dentro de un libro. Hay muchos libros de poetas y muy pocos grandes poetas, decía yo. Y esperaba. Y trabajaba... ¡Un día llegará en que las palabras me enseñen sus azules secretos! Entonces pondré en formas mejores la emoción y el ensueño que provisionalmente dejo en éstas! Tal es la historia de mi *Lamentación de Maín Ximénez*, que sirve de pórtico al libro. Es una poesía perfecta porque tiene una alta tónica moral, una gran tragedia de la razón, una gran tragedia del sentimiento, una gran riqueza de melodías en sus interludios, y una gracia en las proporciones que la hace parecer una capilla gótica. ¡En ella está simbolizada una divina tragedia! El vago son sinfónico de su postrera parte infunde paz, y se entreabre *Acuarimántima*. Y todo ello aprovechando los viejos materiales. ¡Qué tal si oigo a mis amigos! Pero la gloriola, mujer al fin, no tuvo la fortuna de que yo la cortejara con muy visible insistencia.

Estuve en Guatemala, pero no pude componer ni una canción. El aire reverberaba de tiranía. Ofrecí al tirano un libro acerca de Guatemala, lo escribí casi todo e imprimí un volumen, pero al tigre no le gustó porque se trataba del país y no de su imperial persona. Y eso que yo, entre embriaguez y embriaguez y excesos de amor nocturno con mujerzuelas y otras mujeres, había puesto mucho ruido de marimba en la prosa, y muchas citas: ¡una de ellas en francés! Había puesto también un sincero elogio a la mujer guatemalteca, que después apliqué a la mujer colombiana para venderlo por cinco dólares. Pero esto ya fué en Nueva York, y reservo el episodio para cuando hable de Mr. Archer Huntington. Porque necesariamente hablaré del culto y espléndido multimillonario.

He de recordar mis relaciones con Rafael Arévalo Martínez, el hemipléjico de mi tragicomedia, mal augur de Maín Ximénez... Maín Jiménez no se redimió al fin por una mujer, como tú me decías, mi amigo de Guatemala, sino por virtud del canto! A aquel espíritu lleno de deseo de ver, no de deseo de amar porque la

angostura de su moral no se lo permitía, le parecí un ser en extremo raro. Hizo entonces su primorosa novelilla en dos cuentos: *El hombre que parecía un caballo.* Dizque era mi caricatura. Yo, francamente, no creo tener la sencillez ni la inocencia del señor de Aretal. A la obra de Rafael no se le ha hecho hasta hoy una verdadera crítica. Yo intenté hacérsela, pero me engolfé en unos estudios de Fisiognomía y eso exige tiempo...

De aquel país de quetzales recuerdo la firme y prolija lira de Carlos Wyld Ospina. Recuerdo a Fidelia. Recuerdo unas mañanas llenas de niebla azul...

No quiero olvidar una cosa: también estuve, años adelante, en La Ceiba de Atlántida, sobre las costas de Honduras, y en San Salvador. En La Ceiba padecí, amé, prosperé, deliré... Compuse mi primera canción ligera. Vi morir a Raúl Peccorini, ebrio de juventud y de vida en el seno de su raza; le vi doblar la cabeza algo loca y entrar en el jardín de los pálidos asfodelos. Temblándole en las abéñulas ya inmóviles, la última lágrima, que él dedicó a la mujer con quien iba a contraer nupcias. Yo huí de La Ceiba. Me acompañaba el joven que despierta en mi pensamiento las ideas más puras, la visión más noble del espíritu en la obra de la vida, y que evoca en un fértil haz las rosas de la confianza, de la ternura respetuosa, de la virilidad que llega entre cendales de inocencia... En mi poesía responde al nombre de Juan Rafael Agudelo. Ignoro lo que habrá sido de él, en la muerte de la ausencia, en el absurdo lírico y sentimental de mi vida... Donde quiera que esté, él es un ciudadano que hace honor a la Especie de los hombres. El es el tipo de la nueva raza de América, toda candidez, virginidad y potencias.

Un rumor de selva y mar y viento nocturno empieza a desvanecerse en mi corazón.

San Salvador es una ciudad encantadora, sobre todo porque es libre. Me dió paz para leer, para soñar y aun para delirar. ¡Cómo rugían entonces y cuán insaciables eran mis leones! No se satisfacían ni con las carreras diabólicas hacia Santa Tecla, en un automóvil brujo, y ella como si fuera Helena en el rapto mitológico. Tembló la tierra. Pero... ¡ah país acogedor, sonoro de rústicas faenas, cordial y encantado, fuerte y libre! Mi corazón vuela en las noches hacia Cuscatlán, alma de alondra sobre sus ruinas, espectros amados, embriaguez, un sórdido señor Quiñónez que era Vicepresidente, los baños tibios bajo la matinada, toda la miel del día...

Las circunstancias vitales en que he compuesto otros poemas no las voy a decir aquí. Se trata ya de obras como mi *Canción de la vida profunda*, para las cuales no necesito pedir indulgencia. Estas son las que forman el grupo de las *Nueve antorchas contra el viento*, amén de alguna otra que anda en otra parte del libro. Las llamo *perfectas*, porque he expresado a trazos mi concepción del mundo, mi emoción, mi alarido, la robustez varonil de mi alma en el dolor de la vida, de la dulce y trágica vida, tal como yo quería expresarlos: con un acento personal lleno de dignidad, dando fulgencia a las palabras, aliñando la música hasta sus últimos matices dentro de pautas un poco arcaicas. Después he comprendido que puedo reivindicar también, como virtud muy mía, pues la logro por el esfuerzo, la de la libertad.

Esta cuestión me obliga a detener mi palabra divagante, mi prosa un tanto cubista... La lírica hispanoamericana necesita dilatar el imperio de sus libertades. No es posible dejarla en el lugar a donde la llevaron los maestros desaparecidos y sus contemporáneos que declinan: Jorge Isaacs, precursor, José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera, Rubén, Salvador Díaz Mirón... Es necesario ir más adelante, no sólo para que resuene en nuestros cantos la voz de esta edad, sino para que nuestros sucesores en el culto apolíneo reciban la lira con nuevas cuerdas. Yo trabajo en este glorioso empeño.

Creo que una técnica apta para reflejar adecuadamente la solemne alma de Hispanoamérica, la gran nación ideal que va a surgir, nación de naciones, no puede romper a muerte ni con las formas ni con el espíritu de la tradición. La limpidez y claridad del lenguaje, aun para expresar lo turbio y lo vago, acusa excelsitud, virilidad, corazón seguro. A mí no me den escritores que no saben gramática o que, puestos a expresar un concepto no tienen nueve palabras que desperdiciar por una que aprovechan. Esa no es mi gente. Esos no saben español e ignoran la opulencia de los arcones de Castilla... Hay tesoros de formas poéticas y aun de la prosa de los vulgos, ya ennoblecida, que fulgen desde hace siglos con igual fulgencia en las formas de los clásicos. Esto no es posible substituirlo. Lo difícil es poner en esas formas el temblor

de hoy, la inquietud que nos envuelve en su onda, y hasta un poco de la inquietud que amanecerá mañana. Por eso yo he dicho en el Pórtico, que ansío mi verso constelado de gemas seculares...

Lograda esta victoria prima, que es flor temprana en los verdaderos escritores, la técnica tiene que recoger la herencia de las familias ilustres: los románticos españoles y franceses, los parnasianos y los simbolistas de Lutecia. Pero no recogerla pura, sino en la elaboración actual, como cae de manos de Valencia, de González Martínez, de Lugones, de Leopoldo de la Rosa... Es indudable que debemos a Rubén el sentimiento de la aristocracia formal como una conquista democrática. Antes no eran aristocráticos sino unos cuantos señores; ahora lo queremos ser todos. Por eso nos parece que resuenan tan fuertemente las liras de España, a excepción del cenáculo de los elegidos, y sobran dedos... La juventud literaria de nuestro continente se ha tornado exquisita. Gusta de hallar en cada poema una sucesión de menudas sorpresas de palabra o giro elegante, que conincidan con otras tantas sorpresas del sentimiento romántico dulce, o irónico o simplemente maravilloso de primor como un caracol. Y todo ello envuelto en el velo de Isis, ondeando vagamente en la nébula flotante de imágenes imprecisas...

He aquí lo que quiere nuestra generación literaria. Pero un alma de hombre sano cantando a la vida en la alegría mística de la Naturaleza, a grito abierto; o cantando su horror lúgubre, cruzado de relámpagos de muerte... Un hombre-hombre, es decir, carroña de carroñas, cantando la tristeza hórrida de su llaga, y haciendo brillar sobre la podre la luz divina de su voluntad en su talento... Un ebrio de la gloria de Simón Bolívar... Un augur de la ventura de nuestra América hispana, toda temblor de materna promesa... Un bardo que acoja hoy la tristeza desesperada de los humildes, que están locos de rabia y amenazan el eje diamantino de esta sociedad inicua... Un bardo que comprenda la justicia de la ira social, el oprobio de los millones frente a la ironía de los suelditos... Un hombre que advierta en el giro de las horas el giro de la Edad, porque fluctuamos en el crepúsculo de una Edad del mundo: la que hoy se despide será agregada en las cronologías a la Edad Media, o se le dará el nombre de Edad Horrible, o se hará con las dos una verdadera Edad Antigua... ¡Oh, humanidad! ¡Gotea sangre de los pies de Jesús, pero bajo la sangre se erigen sus lirios de divina eficacia! Un alma así, un hombre así, un bardo de los que resumen todo el clamor de su tiempo, no lo pide nuestra generación literaria, aunque seguramente sí la que no es literaria, y nos lo demandará la posteridad.

Algunos poetas que habían logrado aquella dignidad y aquel primor de que ya he hablado, empiezan apenas a salir de entre los marcos restrictos de las estrofas silábicas. Otros estaban ya afuera; sólo que una vez del lado de allá de la línea no pudieron encontrar la melodía, sencillamente porque se olvidaron de que los elementos de las melodías más varias y aun más virginales, están en los clásicos, en esos clásicos de cuyas cárceles de oro querían ellos huir.

A pesar de este advenir tardío y de estos ensayos sin corona, es necesario conquistar en definitiva la ondulante, la vágula, la selvática, la nocturna, la campesina, la marina libertad del verso y de la prosa. No es posible ni es decoroso dejar aparte las cuestiones de la musicalidad del verso, en un mundo por el cual se difunde ya el espíritu de Beethoven. Yo creo que las ligaduras del canto español no están en las estrofas ni en las palabras, sino en nuestra esclavitud a las relaciones lógicas. Nosotros enumeramos los principios del conocimiento, pero no la afinidad, la virtualidad, el milagro de las melodías y de las ideas melódicas. De alas a alas entre idea melódica y melodía pura, se tiende un velo irreductible a las palabras. Y como éste es el reino de la vaguedad –Vágula– flota en él una infinita posibilidad de asociaciones por sólo la virtud musical. Basta oír la palabra *Acuarimántima* para asociarla a los viajes que hemos leído, a las mujeres de la Odisea, a las ciudades de Marco Polo, a las lagunas de los países que tocó Simbad, a las montañas nevadas que soñó Sir John de Mendeville. O bien sugiere la idea de ondinas, de jóvenes mujeres cargadas con haces de niños y lirios, de lluvias iluminadas por el sol... Yo empiezo a buscar mi libertad poética por la substitución de las relaciones melódicas a las relaciones lógicas, y por el uso de la elipsis llevada a sus últimos límites. La poesía no es discurso sino... poesía. Así como la música no es pentagrama.

Pero antes de apartar mi divagación de estas cuestiones

de técnica, quiero decir una cosa. Todo esto: corrección del estilo formal, primor, melodía, libertad natural, libertad extranatural de substituir enlaces melódicos a enlaces ideológicos, o de elidir relaciones intermedias como elide un águila espacio, a aletazos, todo esto es vana fórmula si uno no ha sido hechizado... Ya el hechizamiento sea divino, como en San Juan de la Cruz, ya sea de tristeza de amor incurable, como en Bécquer, ya sea luciferino y sonámbulo como en mí, ya sea ondulante y llameante como en Rubén o en don Ramón, hay que estar hechizado. "¿Y cómo se hechiza uno, Maestro?" –me dice un joven de rara belleza y numen sietemesino. "Ah –le respondo yo– ¡viviendo!"

Debí haberle dicho: ¡embriagándose! Pero no así no más como quien no lleva un tesoro que defender... La norma es ésta: comprender la nobleza y la dignidad de la vida en la sujeción a algo supremo: Dios, patria, humanidad, arte; tener un ideal, en fin... Acoger las tinieblas que nos envuelven, la ceguedad del destino, la iracundia de la vida, el soplo de pavor que viene del lado de allá de la muerte, y resolver tanta negrura en la fulgencia indeclinable del Ideal. ¿Y cómo? ¡Por la voluntad de resolverla, porque la voluntad es la verdadera gracia de Dios en este supremo conflicto. He aquí el ejercicio genésico de mi energía. Yo no podía pasar sin perpetuarme en un cristal, como el rayo de luz sin cuajarse en una estalactita... Erigí mi lema en lo alto de mi corazón: *"¡Vivir es esforzarse!"* Y comencé a esforzarme, triste y silenciosamente.

La nave de mi vocación iba adelante, cegada de relámpagos y batida de tumbos. ¡Ah, dura vida!

¡Cuánto trabajar! ¡Cuánto leer para escribir! ¡Cuánto escribir sobre Economía Política, sobre Derecho Internacional, sobre las urgentísimas reformas al Código Civil, sobre la actitud del Congreso que pierde el tiempo, y contra otras personas que tampoco me habían hecho mal alguno...

El ideal artístico, que si es ideal ha de ser amor humano, es la fuerza que nos sostiene cuando se levanta el huracán de la vida. ¡Ya el huracán está aquí! ¡La embriaguez va en sus rachas como el rumor en las ondas! ¿Con qué designios nos mueve la mano que rige nuestros movimientos? ¿Quién hizo tan áspero el camino del bien, y el otro ¡ay! florido, fácil y anchuroso? ¿Por qué el alcohol enciende sus llamas locas que alumbran escenas grotescas? ¿Por qué aquellos días de gris esterilidad, de frío desamor, en que no había más consuelo que ver rodar el disco de la ruleta: ¡dieciocho colorado, seis negro! Aquellos amores que parecían una designación de mi raza, fallidos en una escena ridícula con la señora madre... Los días sin pan y en rebeldía contra la ley de ganarlo... Gentes desapacibles que me creen producto al por mayor y sujeto a las mismas leyes... La muerte que me roza con sus alas, tragedias ajenas, fracasos, ayes, amores, alaridos... Unos que se alzan y otros que caen en la ruina de sus fábricas de soberbia... La política en vaivenes, la heredad dudosamente habida, el estrépito de la guerra que abre las nociones de nuestra civilización y nos las enseña por dentro, sangrientas... ¡Oh, todo el tumulto de la vida hecho un huracán que me azotaba el rostro! Y yo contra él, dichoso en el peligro, levantando mis ideales de hombre como antorchas, ebrio, el oído alerta a la cántiga de las sirenas...

Este abandono en los giros multívagos de la vida me hizo llegar a las más negras simas de la vida social de mi siglo. Conviví con los miserables, miserable como ellos, en las cantinas de Ciudad Juárez y de Chihuahua, en los garages de El Paso, donde la corrupción moral asume tales formas, que parece ideada en una sobreexcitación pesimista del alcohol... Comprendí que la tragedia se manifiesta por medio de las cosas y va a herir al espíritu, pero que ella flota por cima de los dos, inadvertida y fulminante... Comprendí que el misterio está llamando como un niño de ojos de luz a la puerta de unos ceguezuelos, y que no oímos su llamar... Ví, palpé, labré, formé las cosas con mis manos; las interrogué en nombre de mi amor a la vida, y su silencio de silencios me aclaró el enigma... Las cosas abrían sus bocas para reír, me mostraban las entrañas, y luego me tendían los brazos en una fraternidad a la vez gozosa y lúgubre, melódica de risas e irisada de lágrimas. ¡También ellas eran cautivas! ¡También, como yo, como todos los miserables que padecían y gemían a mi lado en las mazmorras del siglo XX, no eran sino la veste de un pensamiento perdido... en la ilusoria sucesión del espacio y el tiempo...

Quise fijar en palabras, en canciones, en raptos de la palabra iluminada este glorioso despertar de mi alma; pero las palabras adquirían tal personalidad, se individua-

lizaban y erguían de tal moc' que no se dejaron atar con los lazos de seda del discurso... Esperé. Después he hallado las melodías y las imágenes que deseara. Y empiezo a cantar mi canción, libre en el nombre de los pájaros, los arroyos y los vientos. Y grabo en mi corazón esta norma: la vida inmediata gana en fidelidad de detalles transitorios, al subir a la canción, lo que ésta pierde en perspectiva ideal y en hálito humano.

Herencia del numen que nos conduce a través de las cosas, traemos del viaje una noción universal de la armonía como principio estático. Incorporando a ella nuestro dolor, la hacemos dinámica. Existe el dolor como principio dinámico en arte; incorporando a él nuestra noción de la armonía, lo fijamos en el tiempo, en la resonancia de mil ondas sucesivas.

¡El huracán arrecia! Sus ráfagas ya no embriagan: ¡hechizan!

Mi poesía es para hechizados. Aunque se manifiesta generalmente con una apariencia de tranquilidad, está llena de temblores, de relámpagos, de aullidos. Hay que desentrañarla, no en la complejidad de sus pensamientos, sino en la complejidad de sus emociones. Parece cerebralizada: no lo es. Yo soy hombre de tono profundo, y no producto al por mayor de la Naturaleza.

¡Hechizantes opios, hechizante caña de México, hechizante y feo alcohol, hechizante amor de la inteligencia hacia la vida –que es el mejor de los hechizos–: he aquí lo que yo demando a los lectores de estos poemas. Sin una exaltación de entusiasmo, o aunque sea de iracundia contra mi numen, no es posible leer mis páginas inflamadas.

Técnica liberada, pues, e interpretación del mundo merced a un alto ideal de amor. Circunscribamos el ideal a nuestro México, a nuestra América y a nuestra ciudadanía.

El estrépito de las batallas y el negro hollín de las deslealtades políticas –coeficientes de la marea de sangre– nos han hecho pesimistas inactivos, y por esa inactividad no osamos creer en la grandeza de la obra que está realizando América. Si a un ciudadano de México, del Ecuador, de Venezuela se le preguntase cuál es la fórmula que define nuestros aportes al movimiento del mundo, vendría a responder, puesto que fuese un Juan Lanas: *matarnos para robarnos*, y puesto que fuese un intelectual como Francisco Bulnes: *pasar de la dictadura a la anarquía y de la anarquía a la dictadura.* Y aun el coro de repúblicas que se enorgullecen de su paz íntima y de la estabilidad de sus instituciones parece dudar todavía... "Apenas brilla alzándose el argentino Sol, y la Estrella chilena se levanta..."

Sin embargo, en la proporción en que lo han permitido mil circunstancias contrapuestas, hemos sido colaboradores benéficos en la obra de la cultura. Entre coros de angustia y como a ímpetus de puño infantil tallamos en la piedra familiar la estatua que ha de representarnos en el templo de las grandes razas. Sin un pensamiento que unifique los arranques, fallida la cohesión, inseguros los derechos, el bienestar mezquino, nuestro virgíneo continente no ha interrumpido su tradición de gloria por falta de quienes la perpetúen. No hay una sola de las actividades humanas en que no haya prestado su concurso a la vida la patria ideal de nuestros corazones: ya brillante de ígneos fuegos de epopeya, como en Bolívar, en San Martín y en Morelos; ya florido de talento, de energía, de previsión, de ternura, como en Sucre, en Alberdi, en Mitre, en Murillo Toro, en Julio Arboleda; ya apto para fundar las libertades civiles entre el humo de las batallas y las ambiciones de los caudillos, como en Santander; ya apto para las más difíciles especulaciones de las ciencias naturales, físicas y matemáticas, como en Caldas, como en Zea; ya hecho arte supremo al servicio de la suprema ardentía latina e indígena, como en don Juan Montalvo; ya en la preñez romántica de 1850, que pare caballeros de la libertad como Juárez y su pléyade, y más adelante caballeros de la más ríspida autonomía, como Maceo y sus cohortes flamígeras. Ya, en fin, sonoro de liras como en ese ideal grupo en que destellan, en la unidad del nimbo de su gloria, un Olmedo y un Bello, un Gutiérrez González y un Pombo, un Andrade y un José Eusebio Caro, un Epifanio Mejía y un Heredia, un Darío y un Chocano, un Herrera y Reissig y un Nervo... pues, ¿y fuera de las liras? No hay sino que citar los nombres de un Ricardo Castro, de un Manuel M. Ponce, de un Acebedo Bernal, de un Roberto Montenegro, o de ese espléndido genio de Saturnino Herrán, el más original, el más sintético, el más fino, el más filósofo, el más iluminado de los pintores de razas... *El cofrade de San Miguel* o el *Tríptico de las*

ofrendas, de este pintor, son como el Tequendama y el Chimborazo en la historia de nuestras bellas artes.

¿Y si contamos las conquistas logradas para nuestro derecho? Bolívar define con el Discurso de Angostura y la Carta de Jamaica la unidad de la raza, como la define Saturnino con los lienzos de sus ofrendas. El libertador señala con antorchas de fuego los lineamientos de nuestra sociología. Como Santander en Colombia, aunque es difícil que con tal suma de talentos flamígeros, otros capitanes de América organizan los pueblos que les toca regir. Las nacionalidades se cimentan, la patria logra su primera encarnación formal. Ya la rapiña del 47 suscita enconadas protestas, y todos los corazones se vuelven hacia México. La lucha contra Maximiliano es la lucha de todos los espíritus del continente contra la caduca Europa, y el patíbulo de Querétaro se trueca en pedestal para el orgullo de la raza nueva. La intangibilidad de la forma republicana en el mundo de Colón queda estatuída... Y elidiendo épocas, sucesos y nombres, ¿qué significa esta inquietud que hoy mismo se difunde a lo largo y a lo ancho de nuestros pueblos, sino la aptitud y la decisión de la América para colaborar en la revolución que hoy alborea, y de cuyo seno ígneo ha de surgir el mundo renovado por la justicia?

Es preciso recordar esta certidumbre consoladora: mientras la guerra civil parece devorarnos los riñones, y los cepos calcinados del odio cubren de nubes pestíferas el ambiente, y la sangre gotea con un gluglú desolado, los espíritus más conspicuos del Continente recogen lo esencial de la cultura de Europa –su flor síntesis– y su aroma embalsama los actos nacionales: el libro y la ley, el poema y el lienzo... Es todo lo que Europa nos puede dar: ¡un aroma! Y es así como, labrando el equilibrio social y político según la norma fatal de todos los pueblos, y, por tanto, atrasados de modo ineludible, persistimos acordes con la civilización, nos vinculamos a ella y trabajamos en sus empresas. Somos verdaderamente una Edad Media sin religión... Y así como del vientre inflamado de la Edad Media antigua brotaron las naciones en un parto de seculares gemidos, así del fondo de esta edad que está viviendo América brotará la gran federación espiritual del Continente, bajo el nombre tutelar de Simón Bolívar.

Yo creo –y expreso mi creer, para sublimarlo, con palabras de Valle Inclán, gran maestro– que la onda cordial de una nueva conciencia sólo puede venir de las liras. Yo creo –y mi creer tiene la integridad de un diamante– que nuestras liras son llamadas a despertar la visión de la patria futura, de la Amérīca hispana como representación de una nueva flor étnica, de una nueva energía vital de asombroso poder creador y como posibilidad de una concepción estética y una nueva manera de expresar el sentido del Universo. Hacia esa cima quieren volar mis alas. Y en nombre de la armonía que todos pugnamos por reducir a números pitagóricos, yo digo a los poetas de América, a los que aman mi obra y creen en la onda cordial que ella vela: ¡Unámonos en este florido esfuerzo! ¡Sobre las huellas de Rodó, hacia la cumbre del amor y el dolor de Bolívar! Y que nuestro gran anfictionado sea el Reino de las Musas!

El ideal de la fraternidad hispanoamericana es todavía obra de poetas, aunque empieza a ser también empeño de estadistas. Es a nosotros, pues, a quienes corresponde definirlo, promulgarlo y cantarlo; sobre todo, cantarlo. ¿Y como debe ser entendido?

La unión afectiva del Nuevo Mundo latino –los Estados Unidos no son América, son Yanquilandia y sus esplendores– no puede tener una significación de aumento de fuerza material, de cohesión política, de alianza tácita para grandes empresas de guerra o para proteccionismos innobles y estrechos. Si ése fuera su alcance, tanto valdría como tender hacia España (¡se entreabre una rosa trágica y lírica en mi corazón!), hacia Francia, Inglaterra y otros países europeos. No. Nuestro ideal hispanoamericano es el de una comunión con el destino continental para el esfuerzo hondo y puro de la vida; el de una dilatación augusta del espíritu; el de un ritmo humano nuevo; el de un nuevo coro de la más profunda tonalidad que haya resonado en la historia.

En el juego de las relaciones de pueblos a pueblos, las alianzas convencionales, basadas en el equilibrio de las fuerzas, se hacen y se deshacen a veces entre océanos de lágrimas y estrépitos de catástrofes. Pero esta alianza de la América latina e indígena, toda entre sí, pueblos y pueblos, será imperecedera porque la estatuimos sobre el amor, por encima de los cañones, las montañas y el tiempo. Hemos de consagrarla no sólo en las raíces del árbol de la vida, sino también en lo alto de su follaje, de

donde vuela el ritmo y la flor, el aroma y la miel del mundo. Y estaremos orgullosos de ella por su propio sentido de ternura, como del acto que sintetiza el más coordinado y generoso de los esfuerzos humanos contra la materialidad.

La ventura que esta unión ha de darnos se colige, pero no se reduce a números. Representa una realidad que excede a todas las realidades históricas que conocemos. Dentro de la onda inmensa de amor de la América Una, tendrán más recio temple nuestras almas, y más fervor nuestros cantos, y más fecundidad nuestros ensueños, y más amplitud nuestra concepción de la armonía y la hermosura de la vida. Seremos entonces como Maín Ximénez cuando la transfiguración de su ímpetu en pasajero abatimiento, de su abatimiento en acción melancólica, de su melancolía en regocijo iluminado. Seremos artífices en el gran poema de la paz, la justicia y la abundancia de la Tierra. ¡El amor habrá conquistado las murallas de *Acuarimántima!*

Frente a la España maternal y gloriosa, pero despeada; frente a la Inglaterra opulenta, pero antihumana, opresora de la India; frente a la Francia de las iluminaciones, circunscrita a los aros de sus siglos; frente a la Alemania de casillas donde ya no queda ni un rincón sin nomenclatura; frente a los Estados Unidos de pies de bronce, vientre de oro y cabeza de arcilla –país de esclavitud cuáquera bajo cacareadas formas de libertad– se erigirá nuestra América virgínea, de estupenda energía creadora, con voz de amor, aliento de selva y visionario corazón. ¡Nuestra América, sibila feliz del género humano!

Y así como en este continente se libraron las batallas definitivas contra la púrpura real –porque fué aquí donde se cumplió ese gran suceso, por más que haya aún, anacrónicamente, andrajos de gloria enredados a las patas de los tronos–, así en su regazo prolífico asegurarán las generaciones que están por advenir la distribución equitativa de los bienes terrenos, por la cual se estremece hoy el mundo... ¡Poetas de Hispanoamérica, hermanos en la memoria sagrada de José Asunción Silva y de Rubén Darío: cantemos a Hispanoamérica! Hispanoamérica es la Atlántida surgiendo resurrecta del mar, oro vivo, alba fulgente, fuerza, amor, milagro eterno, ternura, esplendor, melodía... ¡Cantemos a Hispanoamérica!

A México le corresponde la dirección ideal de este sagrado movimiento de las almas. México está al Norte, en los confines del mundo de Bolívar; tiene raíces que se prolongan hasta más allá del advenimiento de Colón; posee una fisonomía confusa, pero propia y auténtica; se desborda con el paso huracanado de sus guerrilleros, que no es sino indicio de fuerzas sin cauce; ha sepultado dos imperios; y, lo que es más importante, acepta la suprema delegación que le hacen con tácita voz los pueblos fraternos. Que México responda, pues, a esta confianza fraterna y vital, con la efusión de su espíritu en las más elevadas manifestaciones. Que haga ver a la América cuán digno es de llevar su oriflama y de integrar su unidad. Enlácese a América y que América se enlace más y más a él, por medio del trabajo iluminado, de la resonancia simpática, de la acción idealista. ¡Navegaremos entonces según el viento de un heroico destino!

Asperamente aferrado a las realidades de la vida –porque no soy Príncipe-en-la-luna sino... para otras cosas–, comprendo que el ideal gusta de viajar, como ciertas aves, al amparo de las naves veleras. No sé si habrá pájaros que viajen en los modernos trasatlánticos, porque no he reparado en ello... De lo que sí estoy cierto es de que, como dizque enseñó el genio de Alejandro Magno en las postrimerías de la Edad Antigua, el cambio de productos es como la sortija nupcial puesta en el dedo de la vida, que augura ya el milagro de la unión y de la multiplicación. Enviemos de país a país nuestras canciones, aunque sea por la telegrafía inalámbrica, mientras llega el día en que ellas puedan ir de Veracruz a Buenos Aires o de Tampico a La Guaira en barcos propios, que tengan por lastre la plata nativa y las gomas vernáculas.

El Continente Estético –cual le llamaría Vasconcelos– ha menester que la onda cordial de su nueva conciencia se inicie por el canto de nuestras liras y se consume y afirme por la acción de nuestros corazones en el ejercicio cotidiano de la vida civil.

Yo no he conquistado las normas estéticas y vitales que acabo de figurar por medio de mis imágenes. Muchos de los poemas que aparecen en este libro no son sino –como yo mismo lo he dicho bajo el influjo de una deidad que no debo nombrar aquí– esfuerzos varios por resolver mi canto en melodía. Yo antes veía el crepúsculo y creía que ése era el crepúsculo. Después supe que el verdadero

crepúsculo es el que está en lo íntimo de nosotros... Hay cantos como *La esperada*, los fragmentos de *La tristeza del camino*, mi *Parábola de los viajeros*, y algunos más, que distan mucho de ser obras acabadas: les falta melodía interior, ajuste artístico. Otros –voy a citar una de mis obras fundamentales–, como *La Dama de Cabellos Ardientes*, tiene una forma lánguida sobre el incendio y la desolación de sus fuegos íntimos. La victoria de mi intuición anhelante consiste en que he reivindicado la libertad, en que empiezan a revelárseme los secretos de la melodía, en que he ensanchado mi corazón para que vuelen dentro de él las águilas de mi amor. Voy a cantar la raza, la patria, los héroes de la Rusia idealista que triunfan y gimen con Trotzki y Lenin... Voy a cantar las menudas cosas familiares, para que empiecen a tener sentido las florecillas maeterlinianas de nuestros campos... Voy a levantar el vuelo hacia la sinfonía poética –en cuanto es posible hacer sinfonías con palabras– para

escribir nuestra epopeya espiritual; pero así, a relámpagos, como mi condición... Y, sobre todo, voy a cantarme a mí mismo. Si en tales canciones hay obscuridades, algún día las aclarará mi tragicomedia de Maín Ximénez. Y si hay misterio... ¡pues si hay misterio no habrá quien lo aclare nunca jamás!

Séame permitida una observación. Después de los fenómenos de que fuí a la vez víctima y espectador en el Palacio de la Nunciatura, que todo México ha conocido por un relato mío tan económico de ideas como de arte, no me está permitido cerrar la puerta de mi poesía ni de mi tragicomedia a los hálitos del misterio. El Infantito de la Buena Estrella, ser real que ahora mismo vive y que mañana leerá estas páginas locas, es un personaje que puede hacer coro a Maín en sus andanzas; tiene hasta los tonos de las marionetas...

Yo reposo tranquilo en mi obra, en la que ya tiene alas en la vida de las canciones, y en la que no es sino un vago ritmo de abeja platónica en mi fantasía. Yo entrego mi trigo, seguro de que va en él la savia de su campo. La posteridad separará las gavillas pequeñas y vanas, las que brillan menos por la madurez de los granículos que por el vívido oro de las pajuelas. Se me reducirá acaso a unas cuantas páginas de antología, con la signación de "errabundo y extraviado". ¡Pero algún grito mío subsistirá, porque por mi boca han hablado el dolor, el terror y la esperanza... ¡Y *Acuarimántima* fulge en la lejanía!

Mas cuando digo mi obra, aludo a la que salga a la luz impresa en tomos de ediciones dirigidas por mí, con prólogo mío, con el sello de mi intransigencia. Lo demás, lo que anda por ahí, no lo reconozco. He escrito innúmeras necedades que parecían agradables; me he revelado en mil ensayos presuntuosos, donde mi ignorancia estaba tan al descubierto como recóndita mi habilidad para ocultarla. Quien reproduzca lo que no tomó de mis libros, traiciona en mí la voluntad artística de la Naturaleza.

Creo, finalmente, que estas páginas –las que preceden y las que siguen– irán a levantar murmullos adversos a mi nombre, entre espíritus reacios al corazón caritativo de Jesucristo. Me está reservada una celebridad rencorosa. Quizá alguien se torne iracundo contra las direcciones artísticas de mi obra, por direcciones morales que no he querido señalar. Pero yo no soy un moralista del amor, ni padre de familia, ni maestro de escuela, ni siquiera diplomático... Si arrecia la tempestad, me acogeré silenciosamente al blando arrimo de la contemplación. Soy uno de los seres que más gozan en la soledad, que más consuelos saben resumir en los esplendores de la naturaleza. No hay pesadumbre, por ruda que sea, que no se me disipe cuando asome sobre la paz de los campos la estrella de la tarde.

¡Aurora! ¡Aurora! Hoy he advenido en medio de los hombres por la virtud de mi canto, que fija mi dolor y mi esperanza. Soy el príncipe fatuo de la rima, el príncipe llagado pero fatuo, el príncipe ciego, pero fatuo... Seré tema de conversación, de censura, de elogio inteligente para quienes no lograrán comprender... Seré errabundo... Seré desmesurado... Envejeceré en el noble ejercicio de la lira y en el amargo ejercicio de un trabajo sin idealidad... Se me rechazará al fin de los periódicos... Iré a los hospitales como Verlaine... Después un viento... un viento... un viento... y en ese viento mi alarido.

Amigos insignes, de la más alta representación en la literatura continental –Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Silvio Villegas, José Santos Chocano, entre otros– me han instado con afectuosa solicitud, en el curso de luengos años, a reunir mi obra lírica, que anda dispersa en revistas y periódicos, y a publicarla en una de esas colecciones "que siquiera se dejan leer". Accediendo al honroso estímulo y a mis propias urgencias entrego a la casa editorial de *Alcancía* los originales de algunos de mis poemas escritos entre 1908 y 1929, y que forman parte del volumen de *Antorchas contra el viento*.

En cierto modo, los trabajos que anuncio resultan póstumos. El soñador "modernista" que los imaginó y los compuso –que flotaba entre las olas de sangre de la revolución mexicana, o bien iba como un *globe-trotter* fuera de Anáhuac a afrontar civilizaciones, idiomas, hostilidad y ditirambos, o imitaba un poco a los personajes de las novelas picarescas– ha muerto, ha resucitado, vuelve a morir hoy de muerte ineluctable. Y yo, hablando por él desde un alba de otoño que anuncia reverberación, me incorporo con nueva sensibilidad, nuevas ideas y ánimo nuevo ante la vida. Quiero significar con esto que no reniego de mi opaca y transida labor de antaño, que es "lo que pudo ser" pero que deseo no se me identifique con el poeta que logró realizarla.

Si algo tienen los lectores de la América tropical –mi América–, tan sutiles en el ejercicio de asociar y disociar ideas, es la malicia necesaria para comprender esta insinuación en todo su alcance. Sin embargo, quiero detenerme un punto en ella y dar algunas claves, no tanto por lo que atañe al poeta preterido, cuanto al hombre actual y al hombre futuro que hay en mí.

Se me ha dicho desorbitado, por sujetos que seguramente no llegaron a columbrar, desde su horizonte vital de cáscara de huevo, la amplitud de la órbita en que me movía. Se ha creído que mi existencia iba sin objeto ni plan: que no tenía más conflictos que los que yo mismo me creaba; y que mi frío desdén, mi aparente desorden, mis fugas –testimonio de la inquietud: fuego central– amenguaban en mí la capacidad de la inteligencia; extinguían la impulsión creadora.

De tal suerte se formó, con respecto a mi equívoca personalidad, un esquema tupido de simplismo malévolo, solapado entre mil encomios, que llegó a ser clisé. Fuí Ashaverus, pero degradado, ya sin poder numinoso. Para otros, fuí Peer Gynt. Y en el tinglado de la fantasmogoría se me degolló con la hoz de cada minuto, mientras yo me ocupaba en las arduas faenas de mi inactividad. ¡Qué lástima daría este individuo, derrochador de sus caudales económicos y de todo orden, comido del abandono, y que ni siquiera publicaba libros!

Para juzgarme así era necesario ignorar –entre muchas otras ignorancias que provienen de pereza mental y de falta de ternura– el complejo de mi sangre, toda mi lontananza física y espiritual. Una mujer de mi raza componía endechas desnudas, de temblor y de amor, a la sombra de los zuribios. Un varón de mi estirpe fué sutilísimo en la Teología y en la ciencia del Derecho, presidió el primer congreso republicano de la Nueva Granada, y murió fusilado por los realistas en Bogotá, como Caldas y como Policarpa Salavarrieta. Y, por la línea paterna, cercanos antecesores míos, en el breñal antioqueño, en los Andes, dormían sobre cueros de res, como los arios primitivos, y por toda blandura ponían bajo sus cabezas abrumadas el almud de tasar maíz. Un río salmodió religiosamente mi infancia; pero no conocí más música de artificio que las vihuelas de los peones y el melodium de la parroquia, ni más teatro que el horizonte, de bambalinas azúleas. La guerra civil de 1900 fué mi madrastra, e hice mis estudios y recibí las borlas de

Doctor perentorio –costeándome yo mismo los cursos, de año en año– en la augusta, en la tremenda Universidad de . . . la vida.

¡Pugna heroica! Ilíada sin dioses, la de aquel que ha de formarse y de existir –y de triunfar, si llega a triunfos– con la generosa ayuda de Nadie, para que después lo exploten políticos y arribistas, lo expulsen los gobiernos de tres países, y quieran circunscribirlo, en nombre de leyes morales en que aún no cree, tiranos a quienes desprecia, cenáculos de donde no ha de salir ninguna revelación, partidos que van a reventar de mezquinas concupiscencias.

Y sin embargo, todo esto no forma sino el tejido de lo incidental, que no asume ni siquiera la dignidad de problema. El problema es otro. Más antiguo y más complejo que el del Príncipe de Dinamarca. Parece cargado de explosivos. Rezuma de razón pura y de razón práctica en dolorosas alternativas. Entre uno cualquiera de sus términos y el que le antecede o el que le sigue, los arcos del horizonte mental se van cerrando y constriñen y angustian como unas tenazas. Yo era, pues –intuitivamente–, un hombre metafísico, aunque careciese de cultura organizada y de sistema estructural, y sentía urgencia de absolver grandes cuestiones para echar después los fundamentos de mi propia Etica.

Necesidad del ser.

Ser.

Modo de ser.

En los filósofos profesionales, esto define claridad, método para la exposición. En los poetas determina borrasca y ensimismamiento.

La lectura dizque es el consuelo de los insaciados. Me hundía en ella con pertinacia ejemplar, pero a mí no me consolaba. Los libros donde busqué soluciones me parecieron esquemáticos, sin fluidez y sin miel de ternura, o bien eran puramente místicos: resultaban más allá del conflicto, fuera del espacio y de la causación. Además, eran libros "en europeo", y yo soy modelación del barro de América, quizá ese barro en su prístina tosquedad. Si por aquel antaño hubiese tenido ya su forma de hoy la Metafísica de José Vasconcelos, donde por primera vez he sentido que se habla a los hombres egregios –no gregarios– de mi propia raza, llamándolos a encontrar en el *YO EXISTO* el punto de partida, la realidad en torno de la cual es únicamente posible una explicación del universo íntimo y del universo exterior, ¡cómo se hubiesen resuelto en paz y en júbilo todas mis torturas! Ellas continuaban ahí, como un incendio que devora sin extinguirse.

Lógico es que quien lleva esta lumbre ardiendo congénitamente a las propias raíces de su personalidad, y quien, además, crece arrecido por terribles concupiscencias –¡oh Freud! ¡oh Jung!– se encoja de hombros ante la literatura, ose despreciar el flujo y reflujo de esas mareas que constituyen la moda literaria. Que no se rima, como en los poemas homéricos. Que sí se rima, como en la *Divina Comedia*. Que la imagen es tersa y fiel, de acuerdo con John Keats. Que la imagen es bronca, súbita, y surge tocada con gorro frigio, según Victor Hugo. O que no, que viene de los limbos y de puro simple se hace prismática, conforme a los poetas victoriosos de la "vanguardia" de hoy . . . Que, de creer a Cocteau, "el corazón no se lleva" este invierno. Y que en James Joyce –*Llora sobre Rahoon*– se lleva todavía y hasta se le siente palpitar con cierta tristeza, semejante a la tristeza de los antiguos:

Dark too our hearts, Oh love, shall lie and cold
As his sad heart has lain
Under the moongrey netties . . .

Pero al angustiado, ¿qué le importa sino su angustia? Esto es: ¿qué le importa sino su *YO*?

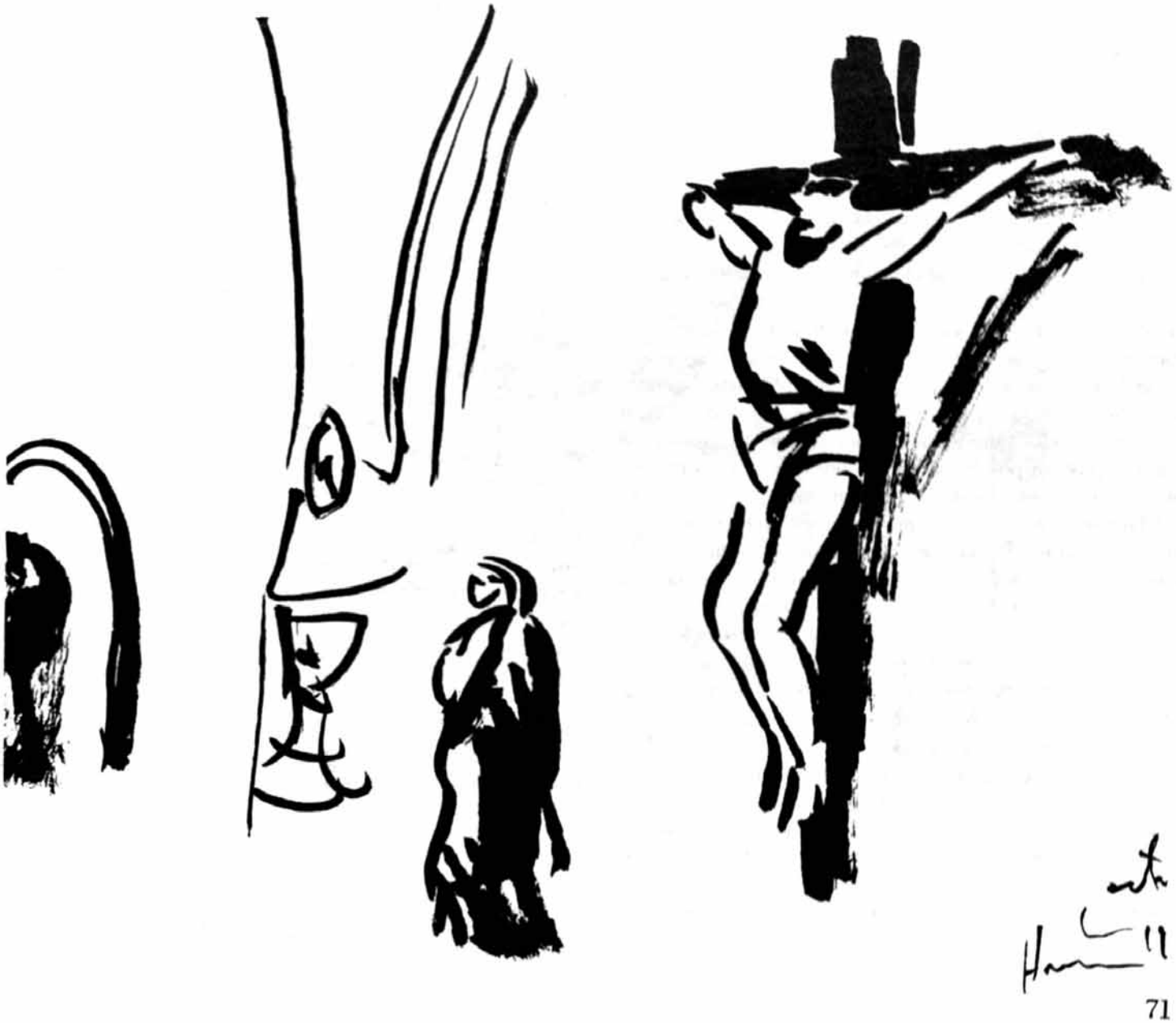
Así se explican sincrónicamente –me parece a mí– el ondeante rumbo de la existencia que he tenido que llevar, el carácter subjetivo y conturbado de muchos de mis poemas, y el que me atreviese a plantear la inanidad del testimonio de los sentidos en algún fragmento de *Acuarimántima*,* y a lanzar el grito nihilista de *La reina* y resolver en rencor desesperado la tortura de ser fugaz –la tortura tranquila de Jorge Manrique y de su época– en *El son del viento* y en la *Canción del día fugitivo*. El poeta se abandona en las ráfagas de la pasión, penetra en las más

* Acuarimántima *no es una estación de Michoacán: es una jitanjáfora. Explico las circunstancias de su nacimiento en los capítulos autobiográficos que preceden a* Antorchas contra el viento.

lóbregas comarcas del dolor humano, asume torturas extrañas como si fueran propias, y las expresa en raptos líricos apasionados, de insólita sinceridad. Quiere, pues, realizar el mito de Maín, que consuma el viaje de circunnavegación del mundo moral.

Sólo que Maín no ha vuelto en actitud de rencorosa oposición al misterio de ese mundo, sino penetrado por el misterio. Descubrió ya el sentido de la Armonía (¡Oh profunda, oh abscóndita Armonía!) Está en reconciliación con los humildes valores primarios. Y anhela ser afirmativo y objetivo, bien que un tanto melancólicamente . . .

Lo que sí parece no tener explicación plausible y justa, es que mientras yo realizaba el empeño de hacer surgir del hombre bestial el hombre espiritual, se olvidase que soy un poeta, y que era absurdo exigirme que viviese como un abogado con clientela rica, o como un almace-



nista, o como un ingeniero. Yo vivía según mi propia ley. Y si no son inciertas las palabras del Evangelio de San Mateo –"Por sus frutos los conoceréis"– debe abonárseme un hecho significativo: a pesar del zigzag que dejo en el mapa, mis pasos en América están señalados por más de una obra seria, cuya organización y persistencia pregonan un propósito coherente, una voluntad firme.

Creo muy posible que –ahora mismo, por lo menos– no sea la escabrosa batalla de las experiencias vitales en que me vi comprometido, ni la ardua victoria que logré al fin y que me sirve de ufanía, lo que se discuta con motivo de estos poemas. Será, más bien que la esencia de ellos, su forma o su estilo. Se me contemplará como uno de tantos signos de la cronología literaria.

Y nada tengo que objetar.

Sólo pido se me haga la justicia de reconocer que, identificándome con los más generosos espíritus de mi tiempo en el afán –ya logrado– de dar a la América una poesía de límpida expresión, mentalmente decorosa, fuí –dentro de ese afán– índice de una inquietud constantemente renovada. Y a causa de tal inquietud luché por trascender la retórica "modernista"; por volar libremente hacia la forma pura, simple, de inagotable virtud germinal. Por esto me parece gloriosamente viril –y me intereso en ella con ahinco apasionado– la misión de quienes pugnan por hallar tónica nueva y nuevas imágenes para figurar una vida también nueva.

Claro que no he sido jamás –por lo menos conscientemente– genitor de poemas "absolutos" a la manera de Blümner, ni menos predecesor en el sentido en que así quiere definirme Max Daireaux en sus *Panoramas des littératures contemporaines*. No aspiro a un lauro anacrónico. No puedo sacar de las venas de mis poemas la sangre clásica, romántica y simbolista. Pero he hallado plausibles, como teorías, todas las teorías en que se sustenta el arte de vanguardia.

Recuerdo que alguna vez, leyendo prolija descripción del modo como los peces reflejan las imágenes que se proyectan sobre sus aguas, y pensando en el "mundo perceptible" del animal, que explica Von Uexküll, sentí una especie de euforia, pues creí descubrir, para mi uso práctico, una manera de interpretar y de justificar las mayores audacias de los poetas contemporáneos.

Lo malo fue que aquel mismo día recordé a Lessing y caí de nuevo, ¡ay!, en las fatales limitaciones de la palabra, en tanto que suscitaba y desvanecía, con alterno ritmo, aquel consejo final, de Pedro Henríquez Ureña sobre la eficacia imprescriptible de la musicalidad, comc se halla en su sabia obra de la versificación irregular en lengua española. Y desde entonces amo la poesía.

Pensada en sol, vista al deshielo,
tupida de nacencia clara . . .

Señala Camille Mauclair que Leonardo da Vinci, tan escrupuloso en sus procedimientos técnicos como lo atestigua su *Tratado de la Pintura*; y, tres siglos después de Vinci, Delacroix, no menos exigente por lo que . hace a la química pictórica, rehuyeron los procedimientos usuales de pintar al fresco, porque no eran susceptibles de tanteos y rectificaciones. Sus rebuscas, demasiado sutiles, fracasaron: el tiempo ha ido borrando los colores y desvirtuando las imágenes, como en un proceso de involución hacia el limbo de donde surgieran. En cambio, fresquistas más toscos y más ingenuos han asegurado con frecuencia la integridad y la perennidad de sus obras.

Por desgracia, puede argüirse a esto que la gloria de la integridad y de la perennidad carece de toda importancia, y que el arte no es sino un juego, un puro juego intrascendente.

Un hecho: un "puño cerrado". Me tocó palpitar al unísono, en el marco breve de las generaciones, con Lenin, con Einstein, con Spengler, con Marañón, con Ouspenski, con Picasso, con Diego Rivera, con Stravinski, con Paul Valéry, con Mariano Brull, con José Ortega y Gasset, con Rafael Maya, con Federico García Lorca, con Jules Supervielle . . . Mi verdadera plenitud empieza ahora, más allá de las tres dimensiones. Y, a lo que parece, luz primaria y silencio polifónico inundan de nuevo el éter y señalan, delante de mí, rutas innumerables.

Monterrey, 1º. de febrero de 1931

CANCION DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

EL DULCE NIÑO pone el sentimiento
entre la pompa de jabón que fía
el lirio de su mano a la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento en su pompa de jabón.

Yo pongo el corazón –¡pongo el lamento!–
entre la pompa de ilusión del día,
en la mentira azul de la extensión . . .
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento. Yo pongo el corazón.

CANCION DE UN AZUL IMPOSIBLE

HACIA EL JARDÍN DE AYER de la ilusión,
entre las brumas de la edad,
echo a volar mi corazón.
Consumido por la pasión
quiero volver a la infantilidad.

Escueto, triste, duro corazón,
ebrio del acre vino de la edad,
envuelto en negras llamas de pasión:
has de volver a la infantilidad,
roto, cansado, viejo corazón.

¡Oh, sí! Volver a la infantilidad,
hacia el jardín azul de la ilusión . . .
¿Y cómo ir entre las brumas de la edad,
perdida ya la sencillez del corazón?

LA ESTRELLA DE LA TARDE

UN MONTE AZUL, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción . . . Y, sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;
el corazón del monte está cerrado;
el perro del pastor trágicamente
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora, como yo, por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada . . .

¿Quién puso en nuestro espíritu anhelante,
vago rumor de mares en zozobra,
emoción desatada,
quimeras vanas, ilusión sin obra?
Hermano mío, en la inquietud constante,
nunca sabremos nada . . .

¿En qué grutas de islas misteriosas
arrullaron los Númenes tu sueño?
¿Quién me da los carbones irreales
de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,
cual fracasan los bólidos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta

vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío, en el impulso errante,
nunca sabremos nada . . .

Y sin embargo . . .

¿Qué mística influencia
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas
de cara al cielo, dices de repente:
–"La estrella de la tarde está encendida".
Avidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma, y ascendemos
por el hilo de luz . . .

Un grillo canta

en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado . . .

ESPACIO... TIEMPO...

YO TRAJE LA VISIÓN de mis campos nativos
a la orilla del mar,
y la sentí borrarse, y tuve un calofrío
de vida y muerte.

Yo traje la visión de una agua dilatada;
y en la orilla del mar
vi tan confuso el límite postrero de la tierra,
que tuve un calofrío
de vida y muerte.

Y supe que el principio y el fin mío
no marcan las fronteras ni estatuyen los tiempos,
y aprendí la virtud del valle y de los légamos,
y se llenó de espíritu la arcilla de mi carne.

Dilatando la vista
miré en redor la inmensidad sagrada,
como el hombre que sube entre la noche
a la cumbre más alta.

Y quise hablar... Y el fácil movimiento
de mis labios contuve
¡como si el proferir una palabra
fuera tal vez mi muerte!

ELEGIA DE UN AZUL IMPOSIBLE

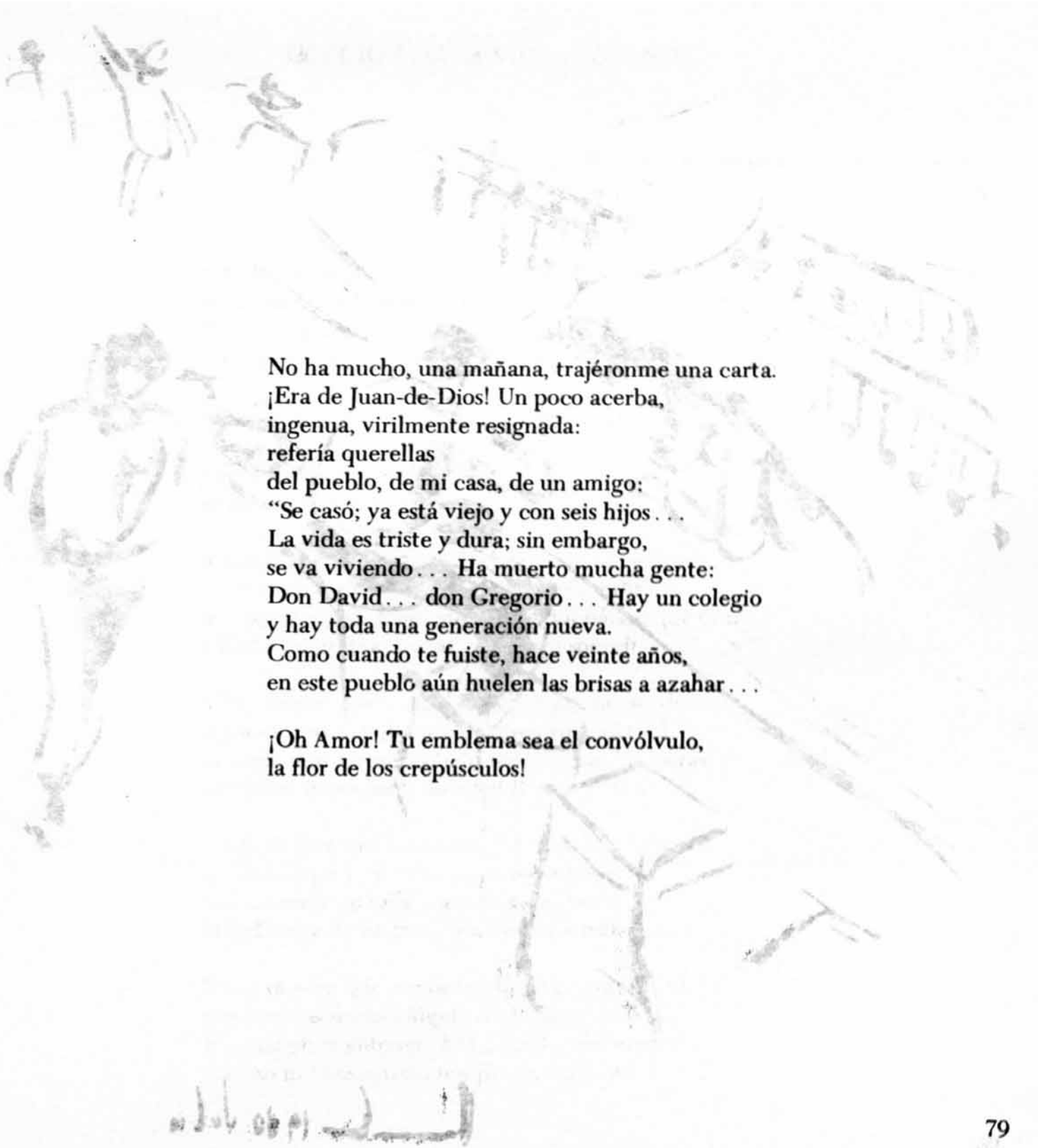
¡OH SOMBRA VAGA, oh sombra de mi primera novia!
Era como el convólvulo –la flor de los crepúsculos–,
y era como las *teresitas*: azul crepuscular.
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,
grato a todos los ojos y a todos familiar.

En aquel pueblo, olían las brisas a azahar.

Aún bañan, como a lampos, mi recuerdo:
su cabellera rubia en el balcón,
su linda hermana Julia,
mi melodía incierta . . . y un lirio que me dió . . .
y una noche de lágrimas . . .
y una noche de estrellas
fulgiendo en esas lágrimas en que moría yo . . .

Francisco, hermano de ellas, Juan-de-Dios y Ricardo
amaban con mi amor las músicas del río;
las noches blancas, blancas, ceñidas de luceros;
las noches negras, negras, ardidas de cocuyos;
el són de las guitarras,
y, entre quimeras blondas, el azahar volando . . .
Todos teníamos novia
y un lucero en el alba diáfana de las ideas.

La Muerte horrible –¡un tajo silencioso!–
tronchó la espiga en que granaba mi alegría:
¡murió mi madre! . . . La cabellera rubia de Teresa
me iluminaba el llanto.
Después . . . la vida . . . el tiempo . . . el mundo,
¡y al fin, mi amor desfalleció como un convólvulo!



No ha mucho, una mañana, trajéronme una carta.
¡Era de Juan-de-Dios! Un poco acerba,
ingenua, virilmente resignada:
refería querellas
del pueblo, de mi casa, de un amigo:
"Se casó; ya está viejo y con seis hijos...
La vida es triste y dura; sin embargo,
se va viviendo... Ha muerto mucha gente:
Don David... don Gregorio... Hay un colegio
y hay toda una generación nueva.
Como cuando te fuiste, hace veinte años,
en este pueblo aún huelen las brisas a azahar...

¡Oh Amor! Tu emblema sea el convólvulo,
la flor de los crepúsculos!

1980 July

II

CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

El hombre es cosa vana, variable y ondeante...
MONTAIGNE

HAY DÍAS EN QUE SOMOS tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonríe.
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo próvido de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
–¡niñez en el crepúsculo!, ¡lagunas de zafir!–
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña obscura de obscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Más hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

CANCION LIGERA

SI ACONGOJA UN DOLOR a los humildes,
o si miran un valle, un monte, un mar,
dicen tal vez: "Dichosos los poetas,
porque todo lo pueden expresar"

¡Ah! Pero en el misterio en que vivimos,
la cotidiana y múltiple emoción,
como no encuentra un ritmo que la cante,
se ahoga en el sepulto corazón.

Y están sin voz el oro de los trigos,
el són del viento en pugna con el mar,
la luz que brilla, el grito que se apaga
y el llanto de la noche en el palmar.

Y están sin voz, perennemente mudos,
sin quién venga su espíritu a decir,
el sol, la brizna, el niño y el terrible
prodigio del nacer y del morir.

Y nosotros, los míseros poetas,
temblando ante los vértigos del mar,
vemos la inexpresada maravilla,
y tan sólo podemos suspirar.

ACTO DE AGRADECIMIENTO

SÓLO HAY UN BIEN PRECISO: poseer cabalmente,
por sobre todo engaño, nuestra sabiduría;
y, como el agua clara rebósase en la alberca,
dejar que el alma llenen el valle, el monte, el día.

Yo he cruzado la senda que decora la grama
y sombrean los árboles ancianos y robustos,
en donde el viento libre sus músicas derrama,
de severos compases magníficos y augustos.

Y he visto ya las hierbas olorosas,
de florecer sencillo, que visten las campañas;
y espartos de los brutos, convólvulos, llantenes,
jaramagos de abril, y áloes, y espadañas...

Y he visto ya las mieses abundantes,
orgullo del labriego, bajo la luz de octubre;
y el ópalo de mil estrellas rutilantes,
y el azul insondado del cielo que nos cubre.

Y la sangre que brota de alguna herida abierta
bárbaramente... ¡oh dolor!, ¡oh pavor!
Y azoradas mujeres que entornando la puerta
rendíanse a la dulce zozobra del amor.

Y he visto ya los niños fraternales
jugar del campo en el sopor profundo,
en armoniosas luchas irreales;
y, del tiempo en los giros limitados,
crecer... amar... y renovar el mundo.

Y he visto el mar, que todo lo compendia;
y más allá del mar la génesis del día:
¡de modo que poseo justamente
la riqueza inefable de mi sabiduría!

Si un rayo de los cielos viene a cegar mis ojos
dejándolos en sombra de repente,
¿qué ha de impetrar mi alma enajenada?
Fuera de esta visión que llevo ya conmigo
¡oh amor!, ¡no busco nada!,
¡oh ardor!, ¡no quiero nada!

LAMENTACION BALDIA

MI MAL ES IR A TIENTAS con alma enardecida
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas errante en el sendero;
y el peor de mis daños, no comprender la vida.

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura
y que ese corazón es brasa transitoria
que arde en la noche pura.

Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vió como un espejismo,
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria
como un perfume santo. . .
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!

Y sin embargo, siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola. . .
(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!)

UN HOMBRE

Biblioteca Central
Univ. Veracruzana

LOS QUE NO HABÉIS LLEVADO en el corazón el túmulo de un dios
ni en las manos la sangre de un homicidio;
los que no comprendéis el horror de la conciencia ante el Universo;
los que no sentís el gusanò de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del sér,
los que no merecéis ni un honor supremo
ni una suprema ignominia:

Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos,
sin radiaciones íntimas, igual y cotidianamente fáciles;
los que no devanáis la ilusión del Espacio y el Tiempo,
y pensáis que la vida es esto que miramos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño;
los que tomáis el trigo del surco rencoroso,
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles;
los que decís: "Está amaneciendo"
y no lloráis el milagro del lirio del alba:

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos
en los tugurios del abandono y la miseria,
y en la mendicidad mirar los días
con una tortura sin pensamientos:

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como entre duras barras, en los abrazos férreos
de una pasión inicua,
mientras se quema el alma en fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal:

¡Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso
de esta palabra: UN HOMBRE!

EL ESPEJO

¿MI NOMBRE? Tengo muchos: canción, locura, anhelo.
¿Mi acción? Vi un ave hender la tarde, hender el cielo . . .
Busqué su huella y sonreí llorando,
y el tiempo fué mis ímpetus domando.

¿La síntesis? No se supo: un día fecundaré la era
donde me sembrarán. Don Nadie. Un hombre. Un loco. Nada.
Una sombra inquietante y pasajera.
Un odio. Un grito. Nada. Nada.

¡Oh desprecio, oh rencor, oh furia, oh rabia!
La vida está de soles diademada . . .

VALOR

YO TUVE YA UN DOLOR tan íntimo y tan fiero,
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas, en las ráfagas de su huracán postrero
fuí hasta la Muerte . . . Un alba se hizo en mi corazón.

Bien sé que aún me aguardan angustias infinitas
bajo el rigor del tiempo que nevará en mi sien;
que la alegría es lúgubre; que rodarán marchitas
sus rosas en la onda de lúgubre vaivén.

Bien sé que, alucinándome con besos sin ternura,
me embriagarán un punto la juventud y abril;
y que hay en las orgías un grito de pavura,
tras la sensualidad del goce juvenil.

Sé más: mi egregia Musa, de hieles abrevada,
por el fatal destino de dioses engañada,

en noches sin aurora y en llantos de agonía
ya no creerá en nada... ni aún en la Poesía...

¡Y estoy sereno! En medio del obscuro "Algún día",
de la sed, de la fiebre, de los mortuorios ramos
–¡el día del adiós a todo cuanto amamos!–
yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo,
sonriendo virilmente: –"Poeta, ¿en qué quedamos?"

Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo...
¡el día del adiós a todo cuanto amamos!

SOBERBIA

LE PEDÍ UN SUBLIME CANTO que endulzara
mi rudo, monótono y áspero vivir.
El me dió una alondra de rima encantada...
¡Yo quería mil!

Le pedí un ejemplo del ritmo seguro
con que yo pudiera gobernar mi afán.

Me dió un arroyuelo, murmurio nocturno...
¡Yo quería un mar!

Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,
para que a mis sueños prestase calor.
Me dió una luciérnaga de menguado brillo...
¡Yo quería un sol!

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico, y el azul abril...
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno:
¡Yo quiero morir!

SOY COMO ASCANIO . . .

SENTÍ RUGIR LA ENVIDIA, y entre la noche obscura
ella amargó un instante los frutos de mi vida;
mas alzo bravamente mi lámpara prendida
y trueco en claras mieles mi horror y mi amargura.

Que el envidioso hiera. Su mismo golpe augura
el canto de la alondra que entre mi pecho anida . . .
Yo, tras el golpe, ciño la púrpura encendida,
y sé que mi realeza la plebeyez tortura.

Y ensayo mi sonrisa –¡la equívoca y discreta!–
para enseñar al zafio que, por virtud secreta,
la flor del alma mía conserva su perfume;

y que aun envuelto en llamas por la pasión artera,
soy como Ascanio, el héroe de rútil cabellera
que arde en rojizo fuego . . . ¡pero no se consume!

EL COLLAR DESATADO

CANCION DEL OPTIMISTA

MIENTRAS LOS ASTROS BRILLAN tras el cerúleo velo
y hay en la brisa castos efluvios de mujer,
dirige hacia los aires la flecha de tu anhelo:
¿qué importa que no sepas a dónde va a caer?

Si nuevas alegrías inundan tu morada,
si flota en áureas ondas de luz tu corazón,
si ya en tus trojes íntimas tu mies está dorada,
envía a los luceros tu férvida canción.

O si conduces trigo, moreno y dulce trigo
por soles y por lluvias granado en tu heredad,
y cruzas por la tierra de un sórdido enemigo,
arrójalo en el surco: ¿qué vale lo demás?

La vida es esto: un acto supremo, simple, puro,
una emoción, un ímpetu y un ansia de ideal;
fantasmas que su sombra dibujan sobre el muro;
ensueños que florecen, valor, amor leal.

Besar las manos fúnebres de temblorosa anciana;
flotar entre las nieblas del ser y del no ser,
y *–húmedo por la leche de la ternura humana–*
el verso en las praderas del sueño recoger.

Cuando me rindo al peso del femenil reclamo
y en mis ardientes noches el beso viene y va,
yo, presintiendo un poco mis propias formas, amo,
sin conocerlo, al hijo que Cintia me dará.

Y sé que mi emoción, mi valor, mi energía
en los actos dispersa, mi collar desatado,
son al viento, en las pompas inútiles del día,
brillos de los luceros, aromas de las rosas . . .
¡Un hijo del amor en mi amor he engendrado!
Roto el hilo invisible, que sus manos piadosas
den a la tierra fértil mi cuerpo inanimado.

TRISTE AMOR

CANCION DEL PESIMISTA

NO HAY NADA GRANDE, nada, sino la Muerte . . . En vano
querrá un ardiente Numen, tras líricos empeños,
aprisionar la turba de los silfos risueños
o descubrir las líneas de un rostro sobrehumano.

Las cosas son la espuma del tiempo en nuestra mano;
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños;
joyeles y palacios de exóticos diseños
son fábrica de niebla, ruido del océano . . .

Con todo, Cintia mía, en la noche nevada
junta a mi carne lívida tu carne sonrosada . . .
y un hijo rasgue otrora las brumas del camino.

¡Si es crimen dar renuevos a la materia obscura,
yo purgaré en mí mismo la erótica locura
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!

EL CORAZON REBOSANTE

EL ALMA TRAIGO EBRIA de aroma de rosales
y del temblor extraño que dejan los caminos . . .
A la luz de la luna las vacas maternales
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,
rumiando simplemente las hierbas del vallado;
o bien bajo los árboles con clara mansedumbre
se aduermen al arrullo del aire sosegado.

Y en la quietud augusta de la noche mirífica,

como sutil caricia de trémulos pinceles,
del cielo florecido la claridad magnífica
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso
en la virtud sencilla que mi razón impetra;
hasta que, en elación el ánimo suspenso,
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;
sencillez de las aguas que apuran su corriente;
sencillez de los árboles. . . ¡Todo sencillo y sabio,
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia
de esta bondad augusta que me llena. . .

¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
¡Oh manos que vertisteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,
yo sé la plenitud en que todos los seres
viven de su virtud, y nada solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta
haced mi voluntad templada, y fuerte y noble,
oh virginales cedros de lírica floresta,
oh próvidas campiñas, oh generoso roble.

Y haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia.
oh dulces animales que, no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

BALADA DE LA LOCA ALEGRIA

Polvo de Pericles, polvo de Codro,
polvo de Cimón...
Sobre un tema de la Antología griega

MI VASO LLENO –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber, a danzar al són de mi canción...

Ciñe el tirso oloroso, tañe el jocundo címbalo.
Una bacante loca y un sátiro afrentoso
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,
y la gracia encadena con rosas la pasión.
¡Ah de la vida parva que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!
¡Reíd, danzad al soplo de Dionisos que embriaga el corazón!
La Muerte viene, todo será polvo
bajo su imperio: polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón!

Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber, a danzar el són de mi canción...

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,
de Numidia ardorosa, y de toda la rosa
de los vientos que beben las águilas romanas,
venid, puras doncellas y ávidas cortesanas.
Danzad en voluptuosos, lúbricos episodios,
con los esclavos nubios, con los marinos rodios.
Flaminio, de cabellos de amaranto,
busca para Heliogábalo en las termas

varones de placer... Alzad el canto,
reíd, danzad en báquica alegría
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.
La Muerte viene, todo será polvo:
polvo de Augusto, polvo de Lucrecio,
polvo de Numa, polvo de Nerón!

Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber, a danzar el són de mi canción...

Aldeanas del Cauca con olor de azucena;
montañesas de Antioquia, con dulzor de colmena;
infantinas de Lima, unciosas y augurales,
y princesas de México, que es como la alacena
familiar, que resguarda los más ricos panales;
y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,
ardorosos, baldíos,
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;
mozuelos de la grata Cuscatlán –¡oh ambrosía!–
y mozuelos de Honduras,
donde hay alondras ciegas por las selvas obscuras:
Entrad en la danza, en el feliz torbellino:
reíd, jugad al són de mi canción;
la piña y la guanábana aroman el camino
y un vino de palmeras aduerme el corazón.
La Muerte viene, todo será polvo:
polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,
polvo en la urna, y, rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del aquilón!

Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber, a danzar al són de mi canción...

La noche es bella en su embriaguez de mieles,
la tierra es grata en su cendal de brumas;
vivir es dulce, con dulzor de trinos;
canta el amor, espigan los donceles,
se puebla el mundo, se urden los destinos . . .
¡Que el jugo de las viñas me alivie el corazón!
¡A beber! ¡A danzar en raudos torbellinos,
vano el esfuerzo, inútil la ilusión!

ENVIO

A TI QUE ME reprochas el arcano
sentido del amor que está en mi verso,
fúlgido y hondo, lúgubre y arcano,
te hablo en la triste vanidad del verso.
Tú en la Muerte rendido, yo en la Muerte,
ni un grito apenas del afán del mundo
podrá hallar eco en la oquedad vacía,
El Polvo reina, el Polvo, el Iracundo . . .

¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

LAMENTACION DE OCTUBRE

YO NO SABÍA que el azul mañana
es vago espectro del brumoso ayer;
que agitado por soplos de centurias
el corazón anhela arder, arder.
Siento su influjo, y su latencia, y cuándo
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que tu sol, ternura,
da al cielo de los niños rosicler,
y que, bajo el laurel, el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.
¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad pudiera ser . . .

¡Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender!

NUEVA CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

TE ME VAS, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida: te me vas.
¡Tiembla en tus embriagueces el dolor de la vida!

–¿Y nada más?
–Y un poco más . . .

La mujer y la gloria con puños ternezuelos
llamaron quedamente a mi alma infantil.

¡Oh, los primarios ímpetus! ¡Los matinales vuelos!
Tuve una novia . . . Me parece que fué en abril.

Yo miraba el crepúsculo
y creía que eso era el crepúsculo.
¡Sí, tácita en la noche, la estrella está detrás!
El Numen de Colombia me dió una rosa bella,
mas yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella . . .

—¿Y nada más?
—Y un poco más . . .

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea.
El mundo, como un cóncavo diamante, parecía
henchido hasta los bordes por la amorosa idea.

Fue entonces cuando advino Evanaam, el dulce
amigo de mi alma, que no volvió jamás.
Yo amaba solamente su amistad dulce . . .

—¿Y nada más?
—Y un poco más . . .

Y luego . . . ser yo el árbitro de mi torpe destino,
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor . . .
¡Mi lira tiene el trémolo del caracol marino,
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor!

No te vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, no te vas:
¡quiero apurar el íntimo deleite de la vida!

—¿Y nada más?
—Y un poco más . . .

1980

III.

EL TRIUNFO DE LA VIDA

La edad de oro no está detrás, sino
delante de nosotros, radiosa y accesible

Sebastián FAURE

HE VISTO A UN HOMBRE de inseguros trazos,
como vetusta máquina que mueve
sobre la tierra en madurez los brazos,

reír, llenar de voces la colina,
mientras el sol, rodando tras la sombra,
su disco ardiente sobre el mar inclina;

y he visto en torno del jayán obscuro,
rapaces que medraban como brotes
de un trigo sano en un ambiente puro . . .

Esta falaz antítesis: la risa
senil sobre las frentes inmaturas
que dan su efluvio a la ondulante brisa,

¿es discordante número, o acaso
signo de la alegría con que fluyen
por el éter el alba y el ocaso?

(¡Reír sobre la frente donde imprime
huella de amor el ósculo materno
que de la pena original redime!,

¡y reír con aquella carcajada
lóbrega, sorda, nocturnal, que roban
los austros a la esquila desgastada!)

Tú, que tramontas en el verde mayo,
y a quien las luces de fanal conspicuo
apenas esclarecen de soslayo,

¿presagias de tus nietos la fortuna
cuando flota en los valles de tu alma
cierta indecisa claridad de luna?

Ellos verán la danza de las horas
que alternan sobre el monte constelado
rubias noches y fúlgidas auroras;

en la grata inocencia campesina,
las danzas de las mozas que preside
Pitágoras con música divina;

y de las auras al empuje blando,
fatigadas de orgullo las palmeras
su sombra azul en torno derramando.

Gustarán en la tórrida campiña
pomas que acendren los nutricios jugos,
la uva silvestre, la acridulce piña;

y de octubre en la copa rebosante,
por activar el ritmo de sus músculos,
el mosto nuevo, de sabor fragante.

Ellos verán los templos erigidos
cuyos jaspes y mármoles conjunte
coro de amor, no trágicos gemidos;

templos do arome vagarosa esencia
de clásicas resinas, ofrendadas
al Amor, al Trabajo y a la Ciencia.

Ellos, un día, trazarán camino

por donde fluya en fuerza transmutado
y a impulso fácil, el temblor marino;

y enfrenarán la indómita cuadriga
de los vientos veloces, porque sean
alivio en la doméstica fatiga.

Ellos, tras el tumulto de la guerra,
vendrán tal vez con apacibles manos
–¡oh Henry George!– a libertar la tierra;

y mirarán la obra coronada
que hoy en los surcos bélicos auguran
sangre y dolor, pues que la edad dorada,

que ha de amenguar la pena irremisible,
no está detrás, sino que está delante
de nosotros, radiosa y accesible:

¡oh paz de Cristo, fraternal aurora
en que del cielo del Amor descienda
justicia al mundo que justicia implora!

Tú, que tramontas en el verde mayo,
y a quien las luces de fanal conspicuo
apenas esclarecen de soslayo,

¿no envidias de tus nietos la fortuna
cuando flota en los valles de tu alma
cierta indecisa claridad de luna?

Dóciles a la incógnita armonía
que dé a sus labios insinuante bozo
–cual dióle al tuyo en preterido día–

ellos en la romántica ventana

sollozarán por los fingidos duelos
que trueque en rosas la beldad liviana;

y mientras luego en tálamo fecundo
giman, gozosos del ardiente brío
por cuyas leyes se renueva el mundo,

tú, bajo el golpe, lívido e inerte,
marchita ya tu varonil firmeza,
buscarás en los limbos de la Muerte
dónde rendir la fúnebre cabeza . . .

PARABOLA DEL RETORNO

SEÑORA, BUENOS DIAS; señor, muy buenos días . . .
Decidme, ¿es esta granja la que fué de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjero, y un sauce, y un palmar?

El viejo huertecito de perfumadas grutas
donde íbamos . . . donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora, ¿y quién recoge los gajos del pomar?

Decidme, ¿há mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?

El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda obscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni riela ni murmura . . .
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno,
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?

Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo... Eramos cinco... Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia, y la ventana...
Nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas maduras, de gajos de azahar.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós... Sí, es esta granja la que fué de Ricard,
y éste es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...

¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

ELEGIA PLATONICA

AMO A UN JOVEN de insólita pureza,
todo de lumbre cándida investido:
la vida en él un nuevo dios empieza,
y ella en él cobra número y sentido.

El, en su cotidiano movimiento
por ámbitos de bruma y gnomo y hada,
circunscribe las flámulas del viento
y el oro ufano en la espiga enarcada.

Ora fulgen los lagos por la estría . . .
El es paz, en el alba nemorosa.
Es canción en lo cóncavo del día.
Es lucero en el agua tenebrosa . . .

LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE

MICHAEL FARREL ARDÍA con un ardor puro como la luz.
Sus manos enseñaban a amar los lirios
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,
suave y fragante y musical.
Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
parecían temblar las alas de un ángel.

Emiliano Barba-Jacob era muy sencillo
y tenía una infantilidad inagotable.
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
o bosques a las orillas de los ríos!

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado;
pero la vida, como un licor de bajo precio,
le producía una embriaguez innoble.
Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.
Había en su voz un gluglú redentor
y su amante le llamó una vez "El Príncipe de las hablas de agua"

Leonel Robledo era muy tímido
bajo una apariencia llena de majestad.

En el recóndito espejo de su ternura
se le reflejaba la imagen de una mujer.
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.
Le vi llorar una vez por males de ausencia,
y me dije: ¡hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo, no se conmueven los luceros!

Stello Ialadaki era armonioso, rosado y azul
como las islas de Grecia y como los mares que las ciñen.
Efundía del mundo algo irreal, risueño y fantástico.
Se le miraban como marchando desde las playas de ensueño
que rozaron las quillas de Simbad el Marino,
hacia las vagas latitudes
por donde erró Sir John de Mendeville.
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.

¡Evanaam! ¡Evanaam!

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía
como trascienden los roncos ecos del monte a los pinos.
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.
Sus ilusiones fructificaban como una floresta
oculta por los tules del "todavía-no"
Sus palabras revelaban la fuerza de la Realidad,
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

FUTURO

DECID CUANDO YO MUERA . . . (¡y el día esté lejano!):
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento . . .

Vagó, sensual y triste, por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;
la tierra mexicana le dió su rebeldía,
su libertad, sus ímpetus . . . Y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fué sabio en sus abismos –y humilde, humilde, humilde
porque no es nada una llamita al viento . . .

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira jamás esclareció,
y nadie ha comprendido su trémulo lamento . . .
Era una llama al viento y el viento la apagó.

IV

ACUARIMÁNTIMA

O voi che avete glintelletti sani,
mirate la dottrina che s asconde
sotto il velame degli versi strani

Dante, *Inf.*, Canto IX, 61-63

I

VENGO A EXPRESAR mi desazón suprema
y a perpetuarla en la virtud del canto.
Yo soy Maín, el héroe del poema,
que vió, desde los círculos del día,
regir el mundo una embriaguez y un llanto.

¡Armonía! ¡Oh profunda, oh abscóndita Armonía!

Y velaré mi arduo pensamiento
sotto il velame degli versi strani,
fastuoso, de pompas seculares:
perfecta en sí la estrofa del lamento
y a impulsos de los ritmos estelares.

Columpia el mar su cauda nacarina,
e imbuída en la clámide del río
pasa en la bruma fúlgida la carne de la ondina.
Grana el campo nutricio, fluyen mieles,
una deidad inflama las horas con su llama
y loa el día azul un coro de donceles.

Romero: ¿no rebosa el corazón,
por la noche de sombras evocadas,
por la tierra de arrugas trabajadas,
del Tiempo y el Espacio la múltiple emoción?

Brilla en las lejanías invioladas
vaga ciudad, el viento da en los juncos,
los juncos gimen bajo el viento rudo . . .
¡Romero, que se vierta el corazón!
Y la ternura y la tristeza mía
cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!

Yo, Rey del reino estéril de las lágrimas,
yo, Rey del reino vacuo de las rimas,
con mis canciones ebrias
que un son nocturno hechiza
y con mis voces pávidas,
anuncio las cavernas del Enigma.
En mis siete dolores primarios se resume,
como en alejandrino paradigma,
la escala de dolor que el mal asume.

Tenebrosa, recóndita Armonía . . .

Mi numen, fuerte, no es aquel tan puro
como el cerrado corazón de un monte;
pero sobre sus ruinas de inocencias
haré brillar, ebrio del dolor puro,
una gota de luz del corazón del monte.

II

En libre vuelo, el cielo de mi América
hender he visto un cóndor negro, errante.
¿Qué abismo circunscribe? ¿Qué intacta nieve augura?
Por las arterias de los ciervos montesinos
discurre para el cóndor la sangre enardecida,
bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.

¡La presa viva!, ¡el pico ensangrentado!,
¡el ala pronta!, ¡el ímpetu del vuelo!
Y un delirar de cumbres y centellas.

Así mi impulso al aura de la vida,
y así mi Musa en su ilusión liviana
de que brote la carne un lirio místico.
Bestia de los demonios poseída,
¡oh carne, es hora ya del don eucarístico!

Cintila el cielo en gajos de luceros,
y querubes de vuelos melodiosos
revuelan de luceros a luceros.

Tengo la sensación de que discurro
delante de los pórticos sagrados:
alguien dice mi nombre a la distancia;
brotan dulces jardines los collados
y asumen mi ternura en su fragancia.

Claridad estelar, templo encendido,
rima errante por noches de pavura,
huerto a la luz de Vésper. ¿En olvido
mi sér se muere, mi canción no dura,
y fuí no más un lúgubre alarido?

Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:
yo soy tú, que por leyes ominosas,
cual vano mimbre que meció una espiga
te haces nada en el polvo de las cosas . . .

¿Y la divina Psiquis, la Rosa entre las rosas?

¿Y mis amores que irisé de lágrimas?
¿Y mi ciudad nebúlea tras la ilusión del día?
¿Y mis antorchas que erigí de emblema?
¿Y esta inquietud, y este ímpetu anhelante
hacia una ley o una verdad suprema?

Pesa sobre sus pétalos, ¡oh Rosa
Espiritual!, tan lóbrega y cerrada
la noche, tan vacía y rencorosa,
que en vano el brillo de tu broche efunde.
Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada.

¡Nada, nada por siempre! Y merecía
mi Alma, por los dioses engañada,
la Verdad, y la Ley y la Armonía.
¡Sé digna de este horror y de esta nada,
y activa y valerosa, oh alma mía!

III

Como en la vaguedad de un espejismo:
–¿qué sabes?– mi conciencia me interroga,
fluída en llanto entre mi propio abismo.

Y miro el mar ardiente, el monte flavo
que suaviza el azul, la estrella límpida
rielando en el rocío del capullo;
y en sus cunas los cándidos infantes,
cazados con las redes del arrullo
por el sueño de manos hechizantes.

Y vuelto a mí, gimiendo el corazón:
–¿qué sabes?– vanamente me interrogo,
mudo, bajo la múltiple emoción.

Sólo un saber escondo claro y justo;
llévole como antorcha y como daga
en medio del cerrado laberinto;
en su vasta amplitud mi fe naufraga
y hallo en su anchura incómodo recinto.

Se oyen sordos, roncos lamentos,
y alzan sus puños en el vacío
los pensamientos.

¡Oh menguado saber, pobre riqueza
de formas en imágenes trocadas,
ley ondeante, ciencia que alucina,
que cada noche en el silencio empieza
y cada día con el sol culmina!

¡Oh menguado saber de la iracunda
vida que ante mis ojos se renueva,
germinal y cruel, ciega y profunda;
madre de los mil partos y el misterio
que al barro humilla y a Psiquis subleva!

Como ventana que el azul del cielo
circunscribe, se entreabren los sentidos.
¡Pobre, ruin saber! Y, sin embargo,
la leve mariposa del anhelo
entra por la ventana sin ruidos.

Cuaja en el corazón de la manzana
la dulzura estival; la mariposa
vuela del fondo de la carne humana.

¡Que al claro cielo
suba el anhelo!

Por ese vuelo, la heredad natía
canté, con ritmo de ideal retorno,
en la ingenua parábola temprana.
En el turquí del éter desleía
un nácar tenue mi primer mañana.

Por ese anhelo, entre los acres pinos
y las rosas en llamas del ocaso,
al hablar dejo la palabra trunca:
el tiempo es breve y el vigor escaso,
y la Amada ideal no vino nunca.

Por ese anhelo, en rimas balbucientes
canto el rojo camino que a la tarde
se pinta en la montaña evocadora,
o a la vívida luz del sol temprano,
como una obsesión conturbadora
de sangre y sangre en el azul lejano.

Y por él amo, en fin, y por él sueño
con una honda transfusión divina
de la luz en mi carne de tortura
¡puesto que está la estrella vespertina
sobre el horror de esta prisión obscura!

Columpia el mar su cauda nacarina,
y en ustorios relámpagos de espejos
esplende en bruma de ópalo la carne de la ondina.

Y fulge Acuarimántima a lo lejos . . .

IV

Yo descendí de la antioqueña cumbre,
de austera estirpe que el honor decora,
el alma en paz y el corazón en lumbre,
y el claro sortilegio de la aurora
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.

Y fuí, viajero de nivoso monte
y umbría roza de maíz, al valle
que da a la luz su fruta entre su llama:
y había miel de filtros de zinzonte
que derrama canción de rama en rama.

Y el mar abierto, a mí divinamente
su honda virtud hizo afluir entera:
gusté su yodo . . . y la embriaguez ignota
de no sé qué sagrada primavera
bajo la paz de una ciudad remota.

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima.

Ciudad de bien, fastuosa, legendaria,
ciudad de amor y esfuerzo y ufanía
y de meditación y de plegaria;

una ciudad azúlea, egregia, fuerte,
una Jerusalén de poesía.

Y como los cruzados medioevales,
ceñíme al torso fúlgida coraza
y fuíme en pos de la ciudad cautiva,
burlando la guadaña de la Muerte
y la fortuna a mi querer esquiva.

La ondulante odisea rememoro
con amor y dolor... Un linde vago,
de súbito sangriento, ya cetrino...
Un buque... un muelle... un joven noctivago...
el tono de la voz... y el pan marcino...

La maravilla comba, transparente,
de las noches de Junio hacia la hondura
de un huerto viola, en ácidos alcores;
y allí la levadura de mis cantos,
hecha de mezquindad y sinsabores.

Y aquella niña del amor florido
y oloroso, y ritual, y enardecido,
el seno como un fruto no oprimido,
y un dulzor en los besos diluído,
y un no sé qué ... que túrbanme el sentido.

Y la huraña beldad, el mármol yerto
e inconmovible; y la Infantina huraña
que era el postrer jazmín que daba un huerto...
¡Me figuro las luces de sus ojos
como dos cirios de un cariño muerto!

Y el arduo afán en el impulso vario
por resolver el canto en melodía.
Derrame un ruiseñor en el himnario
toda la miel del día.
Silencios de armonía.

Un rumor milenario,
y la luz de tu lámpara, ¡oh Sophía!

Húmedos los cabellos –cristalinos caireles
de agua y sol–, aún ondulan fantásticas ondinas;
y danza, con la luz, un coro de donceles,
en la playa, al influjo de las sales marinas. . .

V

Turbaban mi conciencia en el precario
vivir, el ala inquieta, el viento vario,
fantasmas familiares,
misterios presentidos,
amores y cantares
de jóvenes floridos,
el vino, el mar, el día en el Acuario.
Y la meliflua vocación interna:
sentir, cantar, en raptos doloridos
"ser yo", –"no ser"–, en sucesión alterna.

Tronco en la plenitud, hundió mi alma
su raíz en el légamo de muerte
que nutre las corolas de la vida,
y dió el perfume infuso en su ramaje.
Vuela el perfume,
mas se consume.
Ilusorio celaje
pide al éter sutil
que lo asume,
y en el raudal fluído de las auras de Abril
hace el viaje
y se consume. . .

¡Oh insaciedad del hálito y la nébula,
y el amor, y el impulso, y el anhelo!
No un dios pagano, pero sí su rastro.

No el himno divo, pero sí el suspiro.
No el mármol, más el plinto de alabastro.

Y una sensualidad de antiguo giro.

VI

Y fuí después un numen transitorio,
sombra y canción en la embriagante tierra,
un sino raro y un deleite raro.
Ya el crepúsculo estivo el día cierra
y lejos brilla un tenebroso faro.

La dama de cabellos encendidos
fecunda con mi sangre sus huertos prohibidos.

Y una inquietud frenética y gozosa
mi paz, mi sueño, mi vigor consume,
y un huracán mi plenitud doblega.
¿Soy esa sombra que cruzó el camino,
en sangre tinta, de lujuria ciega!

Soy esa sombra pávida, cautiva
de un gran misterio en el Misterio oculto.
Huella la flor azul pata lasciva
de cabrón negro, y el divino himnario
sella Satán con sellos de su culto.

Mi pena errante con mi vino loco
en el turbión del vicio la sepulto.
Soy huésped de garitos y tabernas.

Disputo al "puede ser" un pan ingrato;
y dejo que mi carne, ruin loba
de lúgubres anhelos arrecida,
se me abandone al logro del deleite,
desnuda en la impudicia de la vida.

Entúrbiase la clara inteligencia.
La idea afluye en nieblas ondulantes.
Es el goce monótona frecuencia:
igual en el deliquio y el suspiro . . .

¡Dadme un beso, un contacto y una esencia,
una sensualidad de nuevo giro!

VII

Y mi mano sacrílega se tiñe
de tu sangre, ¡oh Imali!, ¡oh vestal mía!
Mas no fué mi ternura, fué un furor . . .
Si de nuevo, a mis ojos resurrecta,
te pudiese inmolar, te inmolaría.
¿Ya vez, oh Imali, que no fué mi amor?

Gozoso aún, y pávido y tremente,
huí a la sombra, la cerrada sombra
que en su mudez acoge las iras y los vértigos.
¡Un hueco en tus entrañas, tierra dura!
¡Soledad, un refugio en tus entrañas!
¡Tu ojo sin vista, lobreguez impura!

Mas la sangre fluía en chorros de carbunclos.
Ante el cadáver lívido, sin blandones, sin túmulo,
todo estaba sangriento.
–"Asesino", "Asesino"– susurraba y se iba el viento.
En los prados del monte fueron crimen mis huellas.
Como vírgenes desoladas
me bañaron de llanto las estrellas.

En las playas de luz mojadas
dí un alarido al ver el mar que hervía;
y huyendo en pos, en pos de la noche que huía,
me ensagrentó la sangre horrible del alba del día.

–"Asesino", "Asesino"–
susurraba y se iba el viento.

Y los pastores me negarían sus cabañas.
Las rocas me aplastarían en sus entrañas.
La paz es mi enemigo violento,
y el amor mi enemigo sanguinario.
¿Y a qué tu sombra, oh noche del lúbrico ardimiento,
si entre mi corazón ardía el tenebrario?

Viajó mi alma en íntimas pasiones
de Cristos coronados de congojas:
¡el pudor!, ¡el honor entre sayones!
Fuí rosa negra de mil rosas rojas
del vicio en las ocultas floraciones . . .

Mas el azul en mi dolor heroico
abrió su abismo de fulgencias puras,
soles remotos, nébulas, centellas,
y estuve opreso por las lumbres de ellas
del hilo de oro del collar del día;
y un anhelar de espacio dió sus alas
a mi desconcertada poesía.

En la lluvia de gotas de mi sangre,
tras el velo irisado de mis lágrimas,
vago sueño –sus brumas deshacía–
vago sueño –mi vaga Acuarimántima–.

VIII

Retorno de tal suerte hacia la playa,
realizado mi afán. La tierra invoca
su ley que mis empeños desvirtúa.
Oigo el grito del mar que me penetra,
y ansia de paz perenne me extenúa.

¡El mar!, ¡el mar!, ¡el mar ambiguo y fuerte!
Su espuma brinda a mi ruindad su imperio
en astillas de mástiles fallidos.
Ráfagas de misterio . . .
Monstruos inconocidos . . .

¿No brilla, entre la niebla, Acuarimántima?
¿No se oye limpia, trémula canción
que pueda, en el aliento desvaído,
sonar, aletargar el corazón
y pasar?

No se oye nada.
Silencio y bruma, soplos de lo arcano.
La luz mentira, la canción mentira.
Sólo el rumor de un vago viento vano
volando en los velámenes expira.

La noche adviene, de mortuorio emblema.
Retumba en mi recuerdo mi alarido,
mi estéril tiempo en mi inquietud suprema.
El trágico dolor ha concluído.
Yo soy Maín, el héroe del poema.

Florece el cielo en gajos de luceros,
y querubes de vuelos melodiosos
revuelan de luceros a luceros.

Y no decir, y no tener palabras
tan llenas de tu goce vespertino
y tu sueño nupcial, ¡oh campesino
que cruzas con tus carros rechinantes!
En tu ilusión, un hálito divino
te ha poblado de niños los instantes.

Y ver, desde esta cima de ternura
y valeroso amor, en toda cosa

el Enigma, el Enigma inviolado.
Arde la pura rosa, sueña la linfa pura,
¡oh carne!, y tú destilas el pecado,
y . . . y . . .

¡El Enigma, por siempre inviolado!

Y por toda verdad, saber ahora
que brilla el mar, que el monte se estremece,
que fulge Sirio en el jardín lejano;
y que al frustrarse el giro de mi vida,
al giro de la suya grana el grano.

La luz mentira. La canción mentira.

Que fuí por los instintos inmolado
ante el ara de un dios; que un soplo frío
de lóbrego misterio he suscitado;
que un dolor nuevo está en el plectro mío,
y el plectro, en el dolor, purificado.

Lúgubre viento sopla entre los juncos;
los juncos gimen bajo el viento rudo.
Cantan en el crepúsculo.

IX

Honda, inmóvil, letárgica laguna
que semeja el sepulcro de la luna,
se tiende hasta el ilímite horizonte,
y a la tristeza vesperal se aduna
un viento de ultramar y de ultramonte.

Cantan en el crepúsculo
y un ledo són de esquilas
vuela en el éter trémulo.

Que mi rumor se extinga blando, tenue,
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris,
o cual vágulo aroma en la memoria;
y me reintegre a la epopeya trunca
en la ciudad de nieblas de mi gloria.

Cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!

Y que olvide la brega transitoria,
y el no ser más –y el no ser menos nunca–,
del hilo de oro del collar del día.

¡Armonía! ¡Armonía!

Y el ancla suelte a místicas regiones,
no humano ya mi desear: divino
mi poseer,
mientras en el desmayo del crepúsculo
rueda sobre los ásperos terrones
el carro del campesino,
y fulgura, real, tras el velo de mis lágrimas,
erigida por mi dolor con el mármol de mi poesía
–¡y mía!, ¡mía!, imía!–
mi nebúlea, azulina Acuarimántima . . .

¡Armonía! ¡Armonía!